

Un viaje de Nueva York a Buenos Aires

Domingo Faustino Sarmiento



Domingo Faustino Sarmiento

**Un Viaje de Nueva York a Buenos
Aires**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-336-1

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
17-05-2019

Nota a esta edición

Reproducimos el escrito publicado por vez primera en el año 1900, tomo XLIX de las Obras Completas editadas por Belín Sarmiento; quien declara en la nota introductoria que el texto ha sido tomado de un cuadernillo manuscrito.

Debido a las numerosas alteraciones que Belín ha realizado a distintos originales del autor, creemos que esta edición debe ser considerada provisoria hasta no cotejarla con el mencionado manuscrito.

Las notas pertenecen al mencionado editor.

UN VIAJE DE NUEVA YORK A BUENOS AIRES

DE 23 DE JULIO AL 29 DE
AGOSTO DE 1868

Nota: Un héroe de Shakespeare compara su vida con las cambiantes nubes que asumen formas fantásticas y reales, engañan nuestra vista, como burlas aéreas, y son los esplendores de la tarde que oscurece... Si hubiere un escrito donde se reflejasen en cambiantes formas fantásticas, en vívidos y risueños colores y con lontananzas profundas, todos los aspectos de una grande existencia humana, ese compendio sería considerado como el más valioso documento de una literatura. Se le estudiaría con ahínco para descubrir los resortes que mueven a los grandes actores en la escena del mundo. Se conservaría para ver la distancia que media entre algunos raros talentos y algún genio, único de su estirpe.

Aquí, en las páginas que siguen, bajo el sencillo plan de un diario de viaje que Sarmiento dedicaba a una amiga, y para ella sola, debiéndose a la inevitable indiscreción de la posteridad su publicación, aparece un alma derramada, un corazón latiendo, un espíritu ingenuo y sincero jugueteando con cuanto embeleco le cae a la mano, para remontarse sin esfuerzo, y como dice por ahí, “ aparece Júpiter y toma el mando del cielo estrellado “...

Es un cuadernito de 200 páginas, escritas al lápiz, sin puntos ni comas, como pinceladas preparatorias que el artista arroja sobre la tela para combinar las armonías del colorido. Al publicarlas no nos hemos separado del texto y sólo hemos agregado la puntuación que exige el sentido. Estos apuntes, empero, borrajeados sin otro orden que la sucesión de los días y, al acaso de las impresiones,

producen, por la rapidez de los cuadros, la intensa verdad de las siluetas, todo el efecto de una obra acabada.

Sarmiento resucita todo entero. Habla, educa, sermonea, fulmina a los malvados, se entretiene con pajarillos, dibuja los contornos de una planta, goza de la vida y de la exuberancia tropical, como con el exceso que exige su gasto de fuerzas, lanza al aire su carcajada honrada, varonil y contagiosa, diseña los delicados ópalos de la aurora y la fiesta deslumbradora que el sol celebra al acostarse, arroja miradas proféticas sobre el porvenir y pone al descubierto sensibilidades y ternuras que el gigante guardaba ocultas para el vulgo.

No habrá producido Sarmiento una página que contenga tanto como ésta de su propia esencia, y ninguna más íntima y más reveladora de su alma; pero lo que le da mayor interés todavía, es la circunstancia de ser escrita en el vigor de la vida y en el momento más alto de la ambición, cuando es llamado a desempeñar el puesto donde anhela hacer buenas sus teorías y ha de dar el supremo impulso a su patria, que cree preparada para el progreso y “terminado el grande noviciado”.

Viene de los Estados Unidos a presentarse en la escena política, dudando del éxito de su candidatura y sólo por los honores que le prodigan en el camino llega a creer que será, en efecto, presidente de la República Argentina. Su alma heroica no vacila un momento, ni pierde de vista que tantos esfuerzos no son sino para conquistar una gloria a largo plazo, sin recompensa inmediata; pero sabe, ve y palpa el porvenir, y entonces... “haré que no muera sin que otra falange de amigos, de entusiastas, me acompañe al sepulcro. ¡Oh, Magdalena!, te levantarás la primera a preparar el cadáver querido para el reposo eterno. Si hay detrás la inmortalidad de la gloria, las lágrimas están de más”... — (*El Editor.*)

Ma vie est un combat.

Beaumarchais.

Mi vida es un largo viaje. ¿Llegaré?

Sarmiento.

Pidióme Vd. las impresiones de viaje en mi excursión a Francia.

Dedícole las que iré sintiendo a medida que me acerco a mi patria, y

con la esperanza se aviva el deseo de verla.

¿Quejóse Vd. de no haber satisfecho su deseo? Olvidaba que aún estaban sangrando profundas heridas de mi corazón, y mi ánimo no estaba despejado aún de amargos recuerdos. La exhibición de París, por otra parte, no podía considerarse en una carta, sin perder la variedad de formas y objetos que constituían su magnificencia. Mil plumas teníanla por delante, y la mía habría sido la menos adecuada para describirla. Para hacerlo con acierto, ella sola debía llenar el cuadro, sin que el artista apareciese en la escena.

En este viaje que me propongo describir, el viajero sólo es el protagonista; y dedicado a Vd. sola su lectura, da la seguridad que para llevar a cabo la idea, a toda hora del día ha de estar presente Vd. en mi memoria. Viviré, pues, anticipadamente en su presencia, y cada escena que describa, tendrá a Vd. como espectador, complacido acaso de recibir este diario tributo.

HOMEWARDS (A TU TIERRA GRULLO)

Mi regreso a la patria estaba ya de largo tiempo resuelto. Cuestión de oportunidad solamente, que una carta resolvió. Desde que la hube recibido, empezaron los preparativos de viaje, dando disposiciones para terminar trabajos comenzados y cortar ciertos hilos que nos ligan a un país, después de un tiempo de residencia.

Tan ancho es el círculo en que nuestra vida se mueve en este país, que el sólo despedirse de los amigos, es ya cuestión seria. Téngolos en Chicago, Cambridge, Washington, Lancaster, a tres rumbos opuestos y a centenares de leguas.

Pero tengo además una tierna y constante amiga a quien quería ver en todo su atractivo, por si no vuelvo a verla más. La naturaleza, tan bella, tan risueña de los Estados Unidos. Fui a despedirme del Hudson, para decir adiós con la mano a cada una de sus pintorescas vistas. Quise sentir el terror de la Cascada del Niágara, aunque sólo por un minuto fuese; y como mi última visita al oeste había sido en invierno, envuelto en las frías sábanas de nieve, quedaba estereotipada esa imagen, si no iba a refrescarla, engalanada con la verde vestidura de la primavera.

CHICAGO

Así llegué a Chicago. Vi la ciudad hercúlea en momento escogido. Preséntaseme ahora en mis recuerdos, coronada y ceñida de luces, cual la vi en uno de sus días de gala.

Cada día Chicago toma más y más el rango de centro y capital de los Estados Unidos. La gran convención republicana para nombrar presidente reunióse allí. Hanse reunido varios que llamaremos concilios religiosos y están citados en agosto quinientos hombres de ciencia, de la asociación que tiene por objeto promoverla y de que soy miembro honorario.

Llegaban a la sazón, de Wurtemberg, Viena, Francfort, Berlín y de cada ciudad de los Estados Unidos, por centenares y por millares, los alemanes, para celebrar una *Sangerfest*. Mil quinientas voces ejecutaron una de esas composiciones musicales que han constituido la nacionalidad alemana.

Ni la lengua servía de vínculo a los pueblos separados por reyes, emperadores, obispos, abades, electores que los dividieron como rebaños. Hay alto y bajo alemán, alemán del sur y del norte.

¿Dónde está la nacionalidad alemana? Ni en Prusia, ni en Austria, aunque la preparó la Grande Opera de Sadowa con acompañamiento de mil cañones. La música, pues, fue el órgano nacional de los alemanes; y en América, la música y la cerveza son signos de reconocimiento. Este concierto monstruo de Chicago, con los delegados de Europa, presentaba el más solemne espectáculo. Los antiguos tuvieron sus solemnidades parecidas, en los templos únicos de un culto. Una calle *State Street*, estaba decorada de verdura para darles la bienvenida.

Chicago es célebre por su cerveza, y el partido republicano en Nueva York perdió 50.000 votos alemanes por haber prohibido beber el día domingo.

¡Cuánta cerveza bebieron 40.000 alemanes en tres días! Yo iba con mi secretario a las once de la noche a un *Lagger beer house* a tomar

mi modesta parte en la alegría general. La última noche hubo procesión de antorchas, cuarenta mil luces en columna, iluminando banderas, inscripciones, emblemas. Había visto los torrentes de lava del Vesubio, este es un torrente de cosa humana, con puntos de fuego, que cuando se mira por delante o por detrás de la columna, se unen y presentan una superficie de fuego. La vía láctea es pálida y está lejos.

Con esta ardiente imagen de Chicago, se despierta en mi memoria otra fantástica, única, que está grabada en ella cincuenta y cuatro años ha. Ni el tiempo, ni la reflexión la alteran. Hombre maduro, solía decir en mi familia: —Yo he visto cuando niño, un pozo de donde millares de luciérnagas acudían y descendían a la primera noche. Era en el campo, en un gran paseo a caballo y alguien me llevaba por delante. — Sacando la cuenta mi madre, de la época en que mi padre tuvo una chacra de trigo y hubo en efecto un gran paseo, llegando la comitiva a esa hora, se averiguó que el niño había por la primera vez, a la edad de dos años y medio, visto las luciérnagas, aunque el pozo fuese una ilusión o un error del recuerdo.

Chicago quedaba ahora al lado de aquella imagen.

ANN ARBOR

Habíamos prometido hallarnos en el *commencement* de la Universidad de Michigan. El 34, terminados los previos ejercicios, la comitiva de profesores, estudiantes y convidados se dirigió a un templo preparado al efecto; en la plataforma, el presidente tenía a la izquierda al general Pope y la derecha me estaba designada a mí. Entre los nombres de los que recibían el grado de doctor en leyes, fue pronunciado el mío por el presidente, con un breve discurso en que hacía valer mis buenos servicios a la causa de la educación en la América. — Recuerdo que en Chile durante quince años, y en mi país en ocho, mi nombre no aparece en los documentos públicos. Yo soy un antiguo conocido de la universidad de Michigan y su biblioteca contiene media docena de mis escritos. Soy, pues, doctor, como Longfellow, John Stuart Mili y otros que lo eran cada uno en su ramo. Si de leyes sobre educación se trata y de tierras...

CAMBRIDGE

En otro *trip* hice una excursión a Boston... Era la semana santa de la Nueva Inglaterra, en que se reúnen todas las sociedades filantrópicas y religiosas, a darse cuenta de los trabajos del año, a cobrar nuevos bríos para la obra del año que principia.

No sé de pueblo que tenga esta práctica. El corazón está esos días henchido, los ojos de todos parece que brillan con el fuego sagrado que excitan los informes leídos, los discursos, exhortaciones y sermones que se pronuncian en cada iglesia, salón, teatro o lugar adecuado. Los diarios traen largas listas de los *meetings* que tienen lugar ese día y las devotas corren de un lugar a otro para saciarse de bellos discursos, de la relación de bellas cosechas de obras de caridad.

Un día se reúne la asociación infantil para mejora de los niños. ¡Qué ingenioso! Los niños de casas pudientes, como habían de jugar a las muñecas o a la pandorga, juegan a los *meetings* y a las sociedades filantrópicas. El objeto es coleccionar suscripciones y ropas para los niños pobres y darles educación. Nómbrase presidente y secretario, se reglamentan, tienen comisiones, contaduría, informe anual y fiesta y baile. Han aprendido las prácticas de sus mayores, pronunciando *speechs*, seguido un propósito útil, divirtiéndose, y los niños pobres ganan en ello. ¿Quién hay más rico que un niño hijo de madre acomodada? Si tiene abuela será un Creso.

Estoy invitado a la comisión de los "Unitarios", cuyo órgano es el *Liberal Christian*. Su objeto es reunir todas las disidencias en una, que las contiene a todas, la caridad cristiana. Yo le había prometido hace veinte años a esta secta el porvenir; y lo saben ellos.

Pero al día siguiente, uno de los editores de *El Radical* va a mi hotel, para hacerme tomar parte en los ejercicios del ala izquierda de los liberales. Estos van mucho más allá de todo cuanto había esperado. Seis predicadores se suceden ante una numerosa audiencia, la mayor parte de señoras. Nosotros no somos cristianos, dice devotamente

uno de ellos. Somos sólo hombres en comunicación con Dios nuestro padre común, sin intermediarios. Jesús llenó su grande misión en proporción de su época y al desarrollo de la humana inteligencia. La doctrina no está hoy en armonía con los datos de la ciencia y su obra no ha podido en diez y ocho siglos afectar ni modificar sino a una pequeña parte de la humanidad. Somos más felices que nuestros hermanos de otras sectas. No aborrecemos a nadie por causa de Jesús. Cuatrocientos millones de chinos, todos los pueblos del mundo, están en Dios, en comunicación con nosotros. Sus religiones son vestidos de otro color que el nuestro, pero que cubren más o menos perfectamente la desnudez de las carnes...

Seis sermones a la tarde y otros seis a la noche, completaron los ejercicios. Yo asistí a todos, admirando este profundo sentido religioso que mantiene en actividad la mente y el corazón de este pueblo. Nosotros ni cristianos somos. Convenido como está que hemos nacido católicos y que fuera del jirón de la Iglesia no hay salvación, descansamos en la dulce y consoladora esperanza de que todos los demás se condenarán. ¡Ay! son mil millones de seres humanos los que no entran en la geografía católica: cuestión de geografía la salvación.

En Cambridge, fui visitado por el Rev. Hill, presidente de Harvard College, el profesor Gould, Waldo Emerson, el otro Emerson, el filósofo, doctor Alien, del *Christian Examiner* y varias damas y caballeros invitados a un té de despedida por Mrs. Mann.

Boston y Cambridge quedan, pues, como Chicago, coronados de luces en esta última prueba del estereotipo.

WASHINGTON

Tenía que despedirme del presidente por escrito, ya que no tengo carta de retiro. A Mr. Seward dije lo que necesitaba para satisfacerlo por no haber residido en Washington. Si la misión de un diplomático es cultivar las buenas relaciones, yo he llenado la mía con superabundancia. No se estima lo que no se conoce; y yo he consagrado el dinero que otro habría invertido en comidas y carruaje, en recorrer los Estados Unidos, estudiar sus instituciones, visitar sus establecimientos públicos, mezclarme con su pueblo, mientras el cuerpo diplomático juega al *tresillo* en Washington. No sólo los ministros europeos ignoran lo que son los Estados Unidos, después de diez años de residencia, sino que los de Sud América no vuelven más adelantados.

Yo haré conocer este país en el mío y sus relaciones serán siempre simpáticas.

Como era de esperarlo, visité a Henry Barnard en el Departamento de Educación. Mis cartas al senador Sumner, la primera pedida por él, la segunda sugerida por la inspección de los preciosos documentos que va a publicar el Departamento, si tienen el éxito que Barnard y Sumner le auguran, habrán salvado esta institución en Norte América y héchola productiva de bien en la del Sur. Llegaré a cada nación de las nuestras un cajón de libros que yo les mando y harán de ellos lo que han hecho de *Ambas Américas*; predicar en el desierto.

Encontré al ministro Matías Romero de Méjico, que me contó cómo el ministro de Instrucción Pública de su país, había prometido subscribirse a *icuatro* ejemplares! de aquella publicación para todo Méjico; pero que ya estaba arreglado con Juárez que serían 200. ¡La cebada al rabo! — Dígale que soy más rico que Méjico, pues he podido gastar tres mil duros. Que lea el artículo que le consagro y donde le hago la justicia de reconocer qué clase de borrico había de ser el tal ministro de instrucción.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
17-05-2019

LAS SANTAS MUJERES

En París compré una copia de la Venus de Milo en cuya base puse esta inscripción:

A LA GRATA MEMORIA DE TODAS LAS MUJERES QUE ME AMARON Y ME AYUDARON EN LA LUCHA POR LA EXISTENCIA

La Venus de Médicis es todo amor; la de Milo es la mujer pronta a ser madre o amante, pues sólo enseña su seno, y su fisonomía es grave, como si sintiera la idea del deber. Hay las *Mujeres de la Biblia*, hay las de Shakespeare, o de Goethe. ¿Por qué no he de tener para mí las *Mujeres de Sarmiento*? no porque yo las haya creado al grado de mi fantasía, sino porque todas ellas me cobijaron bajo el ala de madres, o me ayudaron a vivir en los largos años de prueba.

Mi destino hanlo desde la cuna entretejido mujeres, casi sólo mujeres, y puedo nombrarlas una a una, en la serie que, como una cadena de amor, van pasándose el objeto de su predilección.

¡Mi madre! Su sombra está hoy aquí presente. Mrs. Mann la ha evocado para que me propicie el sentimiento religioso de los Estados Unidos.

Fue mi madrina de bautismo doña Paula de Oro y mi protectora. Niño pequeño, acompañándola en las calles, me contaba las grescas que tenía con una perra tía mía que me malquería. Ella fue el intermediario, llevándome a vivir a su casa, para que el clérigo Oro, su hermano, me educase, desenvolviendo la facultad de pensar que a sus lecciones debo.

Cuando salí de sus manos, recibíome doña Ángela Salcedo que ni mi pariente era; pero que, viuda de don Soriano Sarmiento, me entregó una casa de comercio que el finado tenía preparada para ayudarme y darme ocupación en la vida. Su hijo, Domingo Soriano, a los 40 años de edad, esposo feliz, padre de una hija única ya casada, vecino rico, *se suicidó* a la sola idea de que *su tocayo*, que su maestro, pudiese creerlo mal ciudadano.

La Manso, a quien apenas conocí, fue el único hombre en tres o cuatro millones de habitantes en Chile y la Argentina que comprendiese mi obra de educación y que inspirándose en mi pensamiento, pusiese el hombro al edificio que veía desplomarse. ¿Era una mujer?

Hay otra que ha dirigido mis actos en política; montado guardia contra la calumnia y el olvido; abierto blandamente puertas para que pase en mi carrera, jefe de estado mayor, ministro acaso; y en el momento supremo de la ambición, hecho la seña convenida, para que me presente en la escena en el debido tiempo^[1].

Otra hay, y ésta llena dolorosamente el fondo de la existencia; volcán de pasión insaciable, inextinguible, el amor en ella era un veneno corrosivo que devoraba el vaso que lo contenía y los objetos sobre los cuales se derrama.

¡Dios le habrá perdonado el mal que me hizo, por el que se hizo a sí misma, por el exceso de su amor, sus celos, su odio!

¡Extraño fenómeno! Desfavorecido por la naturaleza y la fortuna, absorto desde joven en un ideal que me ha hecho vivir dentro de mí mismo, descuidando no sólo los goces, sino hasta las formas convencionales de la vida civilizada, desde mis primeros pasos en la vida sentí casi siempre a mi lado una mujer, atraída por no sé qué misterio, que me decía, acariciándome: adelante, llegarás.

Debe haber en mis miradas algo de profundamente dolorido que excita la maternal solicitud femenil. Bajo la ruda corteza de formas desapacibles, la exquisita naturaleza de la mujer descubre acaso los lineamientos generales de la belleza moral, ahí donde la física no se muestra.

No me jacto de amores, ni de buenas fortunas.

Una mujer jugando a las visitas con las muñecas, es ya madre o amante y antes de ser en realidad la última, era lo otro en espíritu y afección. ¿Por qué una joven virtuosa ama a un calavera? Es la madre la que ama, esperando curar la dolencia, con sus cuidados. ¿Por qué una beldad ama a un hombre feo? Porque lo ve oprimido, y sale valientemente a su defensa. Una mujer es madre o amante, nunca amigo, aunque ella lo crea; si puede amar, se abandona como un don

o un holocausto. Si no puede, física o moralmente, protege, vigila, cría, alienta y guía.

[1] La misma a quien dirigía estas páginas y de quien habla en la pag. 257 de este volumen. — (N. del E.)

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
17-05-2019

MRS. MARY MANN

Esta es la encarnación del amor materno. Ha dejado a su esposo Horacio Mann, cristalizado en la estatua de bronce que decora el frente del State Hall de Boston. Puede vivir tranquila, no será olvidada jamás, y su excelsa gloria no necesita de su patrocinio. Conocíla en 1847, época en que me sirvió de intérprete para entenderme con su marido. Renové mi relación con motivo de la inauguración de la estatua. Teníamos, pues, un objeto común de adoración. Era preciso ayudarme a sacar la tarea que a mí me cupo en suerte y ella puso mano a la obra. Su vida, desde entonces, se liga a la mía, aunque no nos veamos más que dos o tres días una vez cada año. Su correspondencia es numerosa y las ramificaciones de su afecto abrazan a la República Argentina, porque yo la amo, a la Manso, porque me ama a mí, a mi hija porque murió Dominguito, cuyo retrato está sobre su mesa y es adornado de guirnaldas de flores cuando voy a verla.

Donde quiera que vaya, encontraré amigos que su solicitud me ha deparado; y si algo publico, las revistas, los diarios hablarán del libro, y yo sorprenderé en un artículo de diario una frase que es tomada de una carta mía a ella. Es, pues, suyo ese escrito.

"Your glorious introduction", me escribió de la de Lincoln ¿pero quién es usted que así comprende nuestras cosas?

Tradujo esa introducción, no sé si para publicarla, pero seguramente para tener el gusto de traducirla. Traduciría mis *Viajes*, si estuviera yo seguro de que fuesen leídos.

Al fin, emprende la tarea más desesperada, cual era escribir mi biografía. ¡Cuántas molestias le hubiera costado, si, como me lo dice en una carta, no encontrase en ello su propia complacencia! Su plan primero era la historia de mis trabajos sobre educación, para lo que le suministré copiosos datos, contenidos en libros y publicaciones del género.

Quiso más tarde abrazar la vida política y tuvo que rehacer los apuntes. Mándele al fin “Recuerdos de Provincia”, y entonces me escribió: “Por fin lo tengo todo entero y lo comprendo”. Invitóme una vez a revisar sus apuntes, y cuál fue mi pena al ver en ellos material para un grueso volumen. ¿Cómo decirle que había extractado, traducido, redactado demasiado? Tomé conmigo los papeles, pretextando ser con urgencia llamado de Nueva York, y allí, rehaciendo, podando, cercenando, mutilando sin piedad, dejé lo necesario para un bosquejo, única forma en que podía introducirse tan indiferente asunto a un público desapasionado.

Debió llorar sobre los despojos de su obra, tan sentidas son sus posteriores cartas, reclamando restablecer trozos que reputa característicos e interesantes. Pedíame gracia por la Toribia y Ña Cleme que eran episodios interesantísimos. Benavides debía entrar en escena, aunque fuese sólo para mostrar los comienzos de la vida pública. Hechas las concedidas reparaciones, el librero editor del *Facundo* que cuida ante todo del tamaño del libro en relación al precio de venta, concedía sólo ochenta páginas de biografía. La lucha fue larga, hasta que al fin obtuvo doce más, seducidos los libreros, de ordinario insensibles, por el entusiasmo de la autora, acaso por el interés dramático o novelesco que ha dado al personaje.

Si la vida de Quiroga tiene éxito, y se lo prometen los editores de varias revistas que recibieron pruebas, deberáse al esfuerzo y talento de la introductora, que ha sabido interesar al público e iniciarlo en las cuestiones de la América del Sur. “Procuro, me dice en una carta, separar a la República Argentina, y lo lograré, de la *masa* de South América sobre la cual recae el desprecio o la indiferencia de mis compatriotas”. Las cartas a Sumner, ella las ha agregado al fin de la obra, como justificación.

La víspera de mi partida, recibí la carta de despedida que acompaño en inglés, por no perturbar la sublime fascinación que revela. Su amor de madre la eleva a la altura de Cornelia. “No es usted para mí un hombre, sino una nación” — “si los pueblos no fueran perfectibles, la creación sería un absurdo y Dios un mito” — son pensamientos inspirados por una fuerte convicción o una grande esperanza y fe en los destinos humanos.

He aquí la carta[1].

[1] Desgraciadamente el autor, que ha dejado en blanco el espacio para transcribirla, se ha olvidado de hacerlo, y la carta no se ha conservado; pero las de Mrs. Mann insertas en el Tomo XXIX, págs. 268 y 274, darán una idea. — (N. del E.)

MRS. IDA WICKERSHAM

Mi intimidad con esta linda dama ha sido casi impuesta por una especie de fatalidad feliz. Es mi maestra de inglés, enseñado en interminables coloquios, provocados ex profeso para enseñarme a hablar. Las mujeres se deleitan en enseñar a los niños a balbucear la lengua materna; y un extranjero apenas puede expresarse, es una especie de niño, cualquiera que su rango y edad sean. Cuando me jactaba de llegar a hablar correctamente el inglés, me decía: ¡sería una lástima, es tan agradable el acento extranjero!

Es Mrs. Ida esbelta, pálida, y casi morena, tipo rarísimo entre americanas del norte y acusa la sangre francesa (De Lacey) que corre por sus venas.

“Su amabilidad, me escribía miss Lucy Smith o más bien su *queenly beauty* me habían ganado el afecto desde que la vi”. Belleza de reina, expresa bien la idea, pues es el tipo de belleza de la edad media, antes que Rafael hubiese introducido en las madonas las más bellas formas griegas. Su frente es irreprochable y el tocado que usa muestra que sabe hacerla valer. Dice en confianza, que cuando jovencita la llamaban *the Prairy queen*, la reina de la pradera; y basta asistir a la Opera de Chicago para cerciorarse, por la falta de distinción que caracteriza a una población nueva, que el epíteto no era mal empleado.

Creeríanla siempre una dama española o habanera, y en cualquier situación denunciarían la dama sus formas y porte aristocrático. Por lo demás, es la mujer más mujer que he conocido, y jurara que me amaba en el fondo de su corazón, si no estuviese seguro de que mis años y posición le permitían abandonarse, sin las reservas de su sexo, a la confianza que inspira un confidente. *How do you like it?* era la femenil pregunta a cada cosa, sombrerillo picaresco, una cinta, un collar que me mostraba por la primera vez. Ofrecíla tomar un retrato, y en dos cartas y de palabra más tarde quiso saber si lo había hecho, pues su interés era vivísimo por saberse preservada en imagen.

Lee admirablemente y no obstante admirar ese talento que le hacía ejercitar, dos horas después de haberme leído no sé qué ocurrencia de diario, reflexioné que me había leído y no contado el caso, tal era la impresión que conservaba.

Su marido, el Dr. Wickersham, es tan lindo y joven como ella, y médico de cierta clientela en Chicago, donde se ha establecido definitivamente. Entre

700 maestros reunidos en New Haven, llaméme uno la atención por la nobleza y dulzura de sus facciones, y por su porte, fue él el primero en acercárame. Encontrámonos en Washington; volvimos a vernos en Indianápolis. Era el prof. Wickersham, hoy superintendente en Pensilvania. De allí hicimos viaje juntos a Chicago e introdújome a su hermano y señora. Diez días comimos, cenamos y almorzamos los cuatro juntos, lo que da treinta lecciones de inglés, pues ésta era la vez primera que me aventuraba a hablarlo.

Seis meses después remitía a Lancaster al profesor el primer número de *Ambas Américas*, contestándome con una invitación a visitarlo en verano, ya que encontraría allí a Mr. Wickersham. Prometíles aceptar la invitación, de regreso de Francia, para donde tenía tomado pasaje y de vuelta estuve ocho días en *Heart Grove*. Ocho días importaron cuatro volúmenes de conversación, pues lloviendo constantemente, la sociedad se tenía bajo techo.

Formaban parte de ella Mrs. Wabtson, dama de corte que había viajado y conservaba parientes en Francia e Inglaterra y otras señoras, esposa de un general una, de un sabio otra. Entre todos formábamos lo que se llamó el *Pickwick Club*, motivo de inocente alegría y animación para todos.

Sugirióme la idea de un viaje en invierno a Chicago para gozar de espectáculo para mí nuevo, y sus continuas instancias y las de su marido, me hicieron emprenderlo. Fue aquélla una temporada de movimiento y felicidad la más completa y activa que haya tenido en los Estados Unidos, aunque no hubiese cabido en suerte a mi amiga proporcionarme los mejores ratos, pues luego sin ser sustituida, partieron con ella sus cuidados.

MRS. KATE N. DOGGET

No bien hube llegado a Chicago, una dama me hizo pedir una entrevista. Había recibido carta de dos amigas de Cambridge (aquéllas para quienes pedía alojamiento en la quinta del Dr. Vélez, de paso para San Juan), recomendándome especialmente a su cuidado.

Mrs. Dogget es la más cumplida dama de Chicago; protectora de las artes, su casa es el *rendez vous* de los extranjeros de distinción. Una invitación a comer fue sólo prólogo de una *soirée* a que habían sido invitados cuantos hombres notables cuenta la ciudad naciente, para serme presentados. Una *soirée* musical, tres noches después, me mostró el Chicago *dilettante*, si una temporada de ópera no me hubiese ya iniciado en esta facción singular de la singularísima ciudad.

Museos, Universidad, escuelas, todo entraba en el vasto programa de Mrs. Dogget, para hacerme los honores de la ciudad y llenar el encargo de sus amigas. ¿No está sintiendo en todo esto la mano de Mrs. Mann? Púselas, pues, en contacto, como a la Wickersham con la Dogget y ahora estas dos últimas entre sí; cultivan excelentes relaciones. Ambas han estado en la Habana, y conocen si no hablan el español, conservando la última tan agradable recuerdo de la hospitalidad española, que no cree pagarla ofreciendo su casa a cuantos hablan la lengua.

Últimamente, por sus cartas recientes después de mi regreso de Francia, y su empeño de verme antes de partir, acaso para siempre para mi país, tuve ocasión de volver por una semana a Chicago y Michigan donde conocí a

MISS LUCY L. SMITH

Esta niña entra como un relámpago en mi existencia: y sin embargo, a su conocimiento accidental se liga el título de doctor acordado por el consejo universitario de Michigan. Mitre había prometido encontrarla en Ann Arbor y a esta trivial ocurrencia se debió mi presencia accidental en el acto del *Commencement*. Al pie de un retrato que me pidió escribí de lápiz: — *D. F. Sarmiento, L. L. doctor de par la grâce de Miss Lucy L. Smith.*

Decía de la Wickersham, que era mujer a todas horas. Miss Smith es la mujer yanqui en todo su brillo, un tipo nuevo en el mundo. Contábame un inglés que, invitado por una señorita de Nueva York, a cuya familia había sido recomendado para llevarlo al teatro, pasando de regreso por Delmonico, le propuso entrar a refrescar. Ella, echando mano al bolsillo, le respondió: — ¡cuánto lo siento, pero he dejado mi llave de la calle y no puedo entrar tarde sin molestar!

Una vez, en la calle, un amigo mío codeó intencionalmente a una guapa muchacha que venía comiendo avellanas. Dio ésta vuelta en el acto, y le plantó una en las narices, riéndosele en los hocicos y preguntándole: *How do you like this?* Estaban a mano.

Miss Smith es libre como las mariposas del aire. Estaba en Washington con su padre, senador. Allí conoció a Mitre y se aficionó a él. Escribíale después desde su residencia en Siracusa, mandándole su retrato, ¿por qué no contesta a mis cartas? — Mitre decía: porque tengo miedo de que dé más valor que el que merece una galantería. Miss Lucy había mostrado cariño a una casa en que se crió, y su madre se la compró por \$ 200.000. Hija única, su padre se congratulaba haber vendido medio millón de mercaderías este año. Vaya esto por la riqueza. Su educación es completa, su espíritu muy cultivado. Pero Mitre estaba comprometido y no tenía el valor de decírselo. En una *soirée* en Ann Arbor vi a la pobre niña, ofreciendo

todas las facilidades que el decoro permite, al amigo que una palabra puede transformar en novia feliz. Después de pasar tres días en paseos, juego de *croquet* y fiestas, ella siguió viaje a Chicago con cartas de introducción para mis amigos allí y nosotros para Nueva York; y *vía* Río Janeiro al *White House*, según me lo decía ella en una carta: Mitre *vía* Panamá, a Lima... ¡a casarse! ¡Oh! ¡destino humano! Sólo la niña feliz, libre, rica, ha visto disiparse la ilusión de un momento...

APRESTOS

Sólo en dos situaciones de la vida pongo en ejercicio todas mis facultades de cuerpo y de espíritu. En campaña y en viaje. Mostrarme superior a la fatiga en un caso; preverlo todo en el otro, he aquí mi vanidad y mi éxito.

Después me abandono a la pereza y dejo correr la vida por donde le dé gana

¡qué me importa!

A víspera de un viaje, soy un general, un ministro, un empresario.

Nada ha de quedar por hacerse o arreglarse, aun lo fantástico.

Esta vez, no tardan las órdenes dadas en realizarse. Gracias a la perfección y rapidez del *Adams Express*, empresa millonaria para transportar paquetes y encomiendas, llegan de Providence una caja de vajilla, de Cambridge *Civilización*, etc., chorreando agua de la encuadernación.

El vapor de Río Janeiro trae al mismo tiempo correspondencia que parece adrede para resolver dudas. El 4º y último número de *Ambas Américas* se tira y encuaderna veinte horas apenas antes de salir. La policía, la Oficina de Tierras, el Consejo de Higiene mandan en tiempo los pedidos informes y por horas y minutos llegan paquetes de libros, ropa y objetos de viaje.

A las doce se cierran los baúles; a las dos a bordo; a las tres se leva el ancla. Todos mis amigos me acompañan. Mitre, al oír la señal de despejar, se me arroja al cuello y entre sollozos, con el llanto de un niño, dice — vea a mi madre háblele bien de mí. — Esta ternura filial, este deseo de consolarla, le valdrían el perdón de toda falta. Aquí no hay que perdonar.

LA BAHÍA DE NUEVA YORK

Nueva York vista de la bahía, se deja comprender la reina futura de los mares, como recorriendo las lagunas de Venecia, se siente que allí está enterrado el cadáver de la reina del Adriático.

Cuando, dentro de un año, se termine el ferrocarril del Pacífico, Yeddo, Yokohama, Pekín, Melbourne, firmarán pagarés a Londres, Liverpool, París, en Nueva York.

Pero para el viajero, Nueva York ha de verse entrando del mar y no saliendo. Cuando el ánimo viene medio salado con la contemplación del Océano, es que siente la nueva vida que inspira aquella sorprendente bahía, a donde se entra por una abertura que cierran y guardan enormes fortalezas. Desde ahí, dos leguas de palacios, bosques, *cottages*, jardines, mansiones, fábricas, todo verde, todo pintado, todo brillante, atraen las miradas del lado de Cony Island, al de Staten Island.

Dickens decía, al desembarcar en Boston, que estaba sorprendido de ver a un *niño de pecho*, pues tan fresca está la pintura de las casas, que parece que no ha habido tiempo para que nazcan niños allí.

Estos alrededores de Nueva York, vistos con el antejo parecen aquellos paisajes de abanico, siempre risueños, con jarrones griegos, con palacios de Armida, con pastorcillos rosados siempre bailando. Staten Island es una grande isla de palacios, de jardines de casas de *plaisance*. Había pasado ahí dos días antes de embarcarme, por refrescar las impresiones y despedirme de M. Davidson y de aquella engalanada naturaleza.

¡Adiós a los Estados Unidos! Llevólos aquí como recuerdo, como modelo. Son el Hudson, Staten Island, Niágara, Chicago, como naturaleza. Son Mrs. Mann, Davidson, Emerson, Longfellow y tantos nobles caracteres como hombres. La República, como institución. El porvenir del mundo, como promesa. ¡Adiós, adiós, adiós!

que parece adrede para resolver dudas. El 4^o y último número de *Ambas Américas* se tira y encuaderna veinte horas apenas antes de

salir. La policía, la Oficina de Tierras, el Consejo de Higiene mandan en tiempo los pedidos informes y por horas y minutos llegan paquetes de libros, ropa y objetos de viaje.

A las doce se cierran los baúles; a las dos a bordo; a las tres se leva el ancla. Todos mis amigos me acompañan. Mitre, al oír la señal de despejar, se me arroja al cuello y entre sollozos, con el llanto de un niño, dice — vea a mi madre háblele bien de mí. — Esta ternura filial, este deseo de consolarla, le valdrían el perdón de toda falta. Aquí no hay que perdonar.

EL MAR

24 de julio. ¡Oh! el mar; icómo se dilatan los pulmones respirando sus saludables brisas! Me siento vivir. Cómo se agranda el horizonte. En el buque, sobre mar sin límites, deja uno de ser grey, pueblo, especie humana. En mi casa, en tierra, estoy sobre un planeta. Aquí; Dios, el mar, el pensamiento.

El capitán ni los pasajeros tienen que ver conmigo; haremos conocimiento sin embargo. — El general Worthington, ministro cerca del gobierno de la República Argentina, es decir, cerca de mí... un escritor sobre cosas del Brasil, unos novios, pocos pasajeros, por tanto, espacio y tranquilo viaje. Ya empiezo a tomar posesión de mi ínsula, el camarote. Recorro mis dominios, para sentirme en casa. Una banda de toninas, los potros de esta pampa, brincando. ¡Oh, los antiguos compañeros de viaje, los delfines, amigos del hombre! Imposible no saltar de gusto al verlos retozar, ¡y pensar que ninguno de ellos está destinado a ser senador o presidente de la República Argentina! En la estela verde aún, juguetean *poquerels*, pamperos, según los españoles, el alcyon, según los griegos.

El día pasa en darse por satisfecho, presagiar buen viaje, echar cuentas y satisfacer la curiosidad.

La noche la reconozco, es la misma noche de los mares, misteriosa, callada, salvo el susurro de las olas. ¡Luna nueva! ¡promesa de quince noches divinas! Todo va bien; el capitán es bueno; el sueño viene al camarote... la luz entra de nuevo por la ventanilla y...

Día 25 — El diablo tiró de la manta. Viento recio de proa; mar brava; olas de través y el vapor bailando y dándose tumbos. Es el único resabio que conserva del buque de vela.

Los pasajeros han desaparecido; las mujeres han sido abolidas. Dos o tres somos los Robinsones de esta isla desierta. De vez en cuando, de aquí y de allí, se escapan los gemidos de estas almas en pena. El purgatorio.

26 id id id.

27 ¡Mar azul, de leche! Llanura inmensa, serena. El viento gira lo bastante para hinchar las velas.

La alegría vuelve a animar los semblantes. Una mujer se alcanza a ver. Estoy en un planeta. Hasta la exactitud de los movimientos del vapor es planetaria. Este cuerpo tiene su órbita trazada entre Río de Janeiro y Nueva York que recorre en... días y... horas. La luna en 26, etc.; pero es más chico que la luna, es planetoide, como los ciento y uno entre Júpiter y Marte.

Echo de menos, sin embargo, las emociones del buque de vela, vehículo puramente humano, sujeto a las vicisitudes de viento o marea, con la incertidumbre de la duración del viaje y del paradero, pues es la incertidumbre lo que constituye la vida. ¿Qué viento? gritábamos ahora veinte años desde la cama. — ¡Malo! respondía el capitán; y maldito el viento, y nos volvíamos de despecho al otro lado. Qué caras, qué humor de perros, qué ganas de tirarle con un plato al capitán, después de ocho días de viento malo, y de saber que íbamos al oeste en lugar de acercarnos al Cabo de Hornos.

Añádase a estos encantos de antaño, mar gruesa y balances de arrojar las entrañas, ¿todo para qué? Para ir a Asia. En cambio, que alegría, cuando el viento soplaba bien. Era de volverse locos. Ni cuando un negro se saca la lotería. ¡Qué gloria ver echar trapos y alas y arrastraderas y ver la aguja y

saberse a rumbo! ¡Qué buen capitán, qué buque tan velero! Esto era vivir, sentirse parte del buque, interesarse en sus menores detalles. ¿Por qué toman rizos? ¿qué maniobra es aquélla?

El vapor ha suprimido la vida en el mar. Se está en un hotel que marcha; se sabe de antemano qué es lo que sobrevendrá, y la imaginación no puede poner nada de su cosecha. Conocí las dichas y las penas del viaje a vela, de sesenta y cuatro días del Río al Havre y de cincuenta de Valparaíso a Montevideo. Al fin, acaba uno por hallarse en casa, y como no ha pensado en llegar, hoy ni mañana, cuando le dicen que ha llegado, ni voluntad de alegrarse tiene, tan poderoso es el hábito.

Soy yo un ente raro. — Otros lo son mucho más sin apercibirse de ello.

— Soy el intermediario entre dos mundos distintos. Empecé a ser hombre entre la colonia española que había concluido, y la República que aún no se organiza; entre la navegación a vela y el vapor que comenzaba. Mis ideas participan de estos dos medios ambientes. Yo soy el único que quedo todavía gritando; ¡mueran los godos! Pertenezco a los viejos revolucionarios de la independencia, y voy, con la teoría de entonces y la práctica norteamericana, contra lo que queda de la vieja colonia.

28 — Mar id, viento id. Las mismas velas infladas, la misma brisa vivificante y risueña. Las mujeres reaparecen, feísimas por supuesto, y chupadas. Sólo la novia hace por la riña. Ningún buque a la vista en tres días. La órbita de los vapores va derecho, en recta línea; los de vela tienen sus caminitos, según los vientos. Estamos enfrente de Cuba, mañana en San Thomas.

Me he acordado hoy de mi tierra y me ha vuelto el pensamiento de las cosas políticas y de mi porvenir. Lo siento... Estaba tan contento de ver olas, nubes, puestas del sol: la de anteayer fue bella, el sol se deslizó por un agujero a guisa de hogar de chimenea que le había preparado una nube. Ayer, fue gloriosa: fondo de fuego, nubes cirrosas, amontonadas en dos entradas con crestas doradas. Una roca, de nubes, estaba sola delante del sol y le cubría la mitad al ponerse, de manera que parecía luna menguante. Las puestas del sol son mis amores. Pagaría doble entrada que para oír a la Ristori, después de haberla visto muchas veces, se entiende. En todo este retazo de mundo, las dan magníficas, espléndidas a veces. Irélas anotando.

La política de allí me vuelve, como cosa indigesta. Llego... grandes vítores! gobierno admirablemente un mes, dos... presento ciertos proyectos de ley y principia la fiesta. Un diario sugiere una objeción, la comisión una enmienda. Otro proyecto... ¡Este Sarmiento, tan poco prudente, no hacerse cargo! Mitre me escribió a San Juan: — “Usted debió contentarse con hacer un gobierno *modesto*”... Otra reforma y soy declarado loco! por los que han necesitado quince años para dar aguas corrientes y no acaban de establecer carros de sangre en la ciudad — por los que no han dejado en diez años organizar la educación y despueblan las escuelas cada año — por los que hacen

que Urquiza figure treinta años en nuestra historia — y después de despoblar la tierra con sus atrocidades, la despuebla con sus rapiñas — por los que tuvieron demorado tres años el Código de Comercio, sin objeción, sin entenderlo, y sin otro motivo que la envidia. Todas son cuestiones pendientes que pesarán sobre el que viene atrás.

¿Dónde la capital? ¿Volverá Urquiza a mandarnos? ¿Volverán los federales? Sí, volverán. Los Monagas, aquellos horribles bárbaros que despotizaron a Venezuela ahora veinte años, vuelven hoy viejos al Gobierno, por el camino que les prepararon los liberales. Nuestros Monagas volverán por el mismo camino. Urquiza solicitado como auxiliar por Elizalde, *unitario*, por Alsina *ultra- porteño* que no era argentino, sino porteño, por Mitre, que llamó *reaccionaria* por pulcritud su política, aunque la mía mereció ser bautizada *coz*, Urquiza o sus descendientes impondrán la ley con el auxilio, a su vez, de Mitre, Elizalde, Taboada y todos los chasqueados.

Esta es la ley. Dáseme de ello un camino. Para alentarme, tengo el espectáculo de toda la América del Sur —Méjico en la orgía del bandalaje y la guerra civil — Venezuela pasando por nuestro horrible año 40 — Bolivia!!... — Perú, mal de raza, de antecedentes, de impotencia.

Probaré a curarlo. El enfermo resistirá. Curarélo. Aún espero en la opinión, en la cooperación del pueblo. Si así no fuese, apelo a la opinión de veinte años más, cuando broten los gérmenes...

Estaba pensando esto y peor, reclinado sobre la borda, con los ojos clavados en el agua salada que pasa a diez millas por hora.

Espectáculo eterno, siempre el mismo, siempre variado, como la llama de la chimenea que puebla de visiones alegres la soledad de la noche. ¿Las olas son verdes, negras, azules? problema a resolverse en horas de contemplación, en años de viajar. Pero aquí en alta mar al lado de la rueda del vapor, se descubre bajo la espuma que levanta, una veta, un abismo de azul de *mar*, de azul cobalto, el azul ideal, el azul que no se ve en otra parte jamás. Es un abismo de azul que cubre la espuma nevada que se desprende de la rueda.

29 — A bordo, los días se parecen como dos gotas de agua. He registrado mi memoria, comparado las horas, y son entre sí gemelos,

estos dos días. Atravesamos, dizque, el Golfo de las Damas, y llegamos mañana a San Thomas. Ayer se decía, *pasado*.

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
17-05-2019

SAN THOMAS

Vense gaviotas en el mar. Varios peces voladores saltan en el aire. Dos lindos delfines, acompañan jugueteando al lado del vapor, lo mismo que los perros que por festejo corren al lado del caballo. Van entre dos aguas y se muestran por momentos; muchos más les siguen.

Las montañas de Puerto Rico, la Culebra, St. John y San Thomas están a la vista; pasamos rocas, callos, islotes, y a la vuelta de la esquina está St. Thomas, a la falda del cerro, en tres tendidos piramidales. Bonitos edificios: la población, *negros y negras*, que hablan español, inglés y francés, menos dinamarqués, que no se conoce. Por lo rubio, creo que los soldados son dinamarqueses. Este es el levante de las Indias Occidentales, con su lengua franca, su puerto franco y su estación de vapores.

La isla nada produce, y en cuanto a vegetación, sería mejor echarla al agua. Pero la Dinamarca se contentó con esta piltrafa en la *arrebatiña* general que las naciones hicieron de islas en las Antillas, Bahamas, Bermudas. Hubo para todos.

St. Thomas abre una nueva época en la política internacional. Era de toda moralidad, honradez y decencia antes quitarle a un prójimo Estado todo el territorio posible, sin pararse en medios; pero habría sido reputado desdoroso, infame, ceder, vender territorio. Los Estados Unidos necesitan un puerto en las Antillas, y con un talego bajo el brazo, andan buscando uno conveniente.

Los mulatos de Santo Domingo tienen ociosa la bahía de Samaná que los yanquis se proponen arrendar. ¡Mengua del nombre de los vencedores de España, sería arrendar! Decreto: — traidor a la patria, el que hable de vender.

— ¡Oh! ¡heroicos mulatos! Son doscientos mil, con un blanco por ciento. No se ha introducido el arado aún. Están amenazados de la

conquista de los negros de Haití, que acaban de proclamar emperador a Salnave.

Bien. La Dinamarca ofrece en venta su islote. Se regatea; lo hallan chico, descarnado, etc. Se conviene en siete millones. Trato cerrado — toma y daca. Consúltase al pueblo y el pueblo quiere ser yanqui, aunque sabe que tendrá que emigrar si no sigue puerto franco.

En esto estábamos, cuando ¡patatrás! el ciclón más espantoso de las Antillas destroza en una noche doscientas naves, 80 capitanes perecen y seiscientos cadáveres se pasean en la bahía. Esto sucedía en el agua; en tierra un temblor *mendocino* hacía soparse la isla en el mar, con una repetición y gracia admirables. Resultado (pasemos por alto los estragos), los yanquis se abren del trato —dolo fraudulento— la Dinamarca había ocultado las mañas de la isla, como las de las mulas que dan patadas o se empacan. La Rusia ofreció Alaska, una linda tierra cerca del Polo, blanca y fresca como nieve, poblada de focas, osos blancos y bípedos sin alas. Al fin ha sido ordenado el pago.

Bajamos a tierra. En el bote me siento atacado de cólicos. Juro que no he hecho nada para merecerlos. Paso el día en una fotografía, donde una francesa que ha estado en Méjico años, me da hospitalidad, limonadas, infusión de arroz, ron, vino, naranjas, todo lo que puede ser bueno o malo, pero que da salida y forma al deseo de ser útil de cuidar, de mostrarse compasiva, que es el fondo de la mujer, *the deepest deep!* Al fin le doy mi tarjeta para compensarla con la satisfacción de haber aliviado las penas de tan esclarecido personaje.

Me visitan cónsules chileno, peruano, guatemalqueño, brasileño, todos en una sola persona. Es un extracto reconcentrado de esencia de Sud América. Es un dinamarqués, contratista de revoluciones en Venezuela, donde le deben 250.000 pesos. Ha caído Falcón; se ha levantado Monaga, el antes horrible Monaga. Murieron dos mil generales y algunos soldados en Caracas en cuatro días de combate. Hay 4000 generales reconocidos y presupuestados.

Corrióse que la isla de Tórtolas, aquí, vecina, se había zambullido bonitamente, cuando el temblor, por supuesto sin decirles a los habitantes *agua viene*. ¿Por qué no hace lo mismo Dios con toda esta

América, nada más que dos horas, con dos varas de agua, o ya no hace diluvios de 40 días con 40 varas? Esto no vale la pena de tanto gasto. Me arrepiento de haber criado, diría, a los godos y sus hijos... Gran novedad. Hoy pasa el sol perpendicular sobre el meridiano de St. Thomas. Parado al sol, no tengo sombra.

31 — Calma chicha en mi estómago. Los ojos se me van tras los zapotes y zapotillos, ahucates y naranjas verdes de Jamaica. ¡Qué ingredientes para la indigestión que preveo!

A las seis de la mañana, isla al costado. Un peñón que sale exabrupto del fondo del mar. Divísase un grupo de casitas blancas hacia la cumbre. Es la isla de Saba. Diré lo que el francés que pasaba a treinta millas de una isla: los habitantes parecen hospitalarios. Si algún viajero desembarca en este peñón, de seguro que lo llevan en palmas de manos. ¿A quién pertenece? Lo único que saco en limpio es que no me pertenece a mí. ¿Qué fuerza es que ha de ser de alguien?

Isla a proa. San Eustaquio. Casitas elegantes, un buquecillo en frente, plantaciones, cocos, una ruina de algo y al extremo sur, un volcán apagado con su cráter visible, con su boca como olla rota. Es de la Holanda el volcán con su isleta.

Otra isla, de San Cristóbal o de Gatos, una monada. Me alejo a popa, coloco mi silla enfrente y requiero el antejo. Hay teatro, panorama y decoración para dos horas. El hombre queda sobrentendido a esta distancia. Las plantaciones de caña verdean como trigales en Chile: grupos de cocoteros interrumpen la monotonía del paisaje. Las casitas inglesas, con su *grove* alrededor, embellecen y animan la escena. Las chimeneas de los ingenios lanzan al aire sus espirales de humo. Un pueblecillo a la sombra de palmeras y ahucates, hace venir la idea que allí se atan perros con longanizas. ¿Por qué ha de haber infelices en medio de campiñas tan risueñas, a la sombra de plátanos, naranjales en eterna primavera? Tales deben ser aquí, lejos del bullicio del mundo corrompido Pablos y Virginias.

Otra isla en el centro de la isla —Osa sobre Pelión— ha suministrado a la pérfida Albion base de granito o basalto para un fuerte, cuyos cañones, si los hubiera, barrerían la costa. Mientras no hay guerra, el interior del fuerte está plantado de papas, a lo que parece. Y sigue otro costado de la isla y pueblitos e ingenios en actividad y un puerto

con seis buques anclados. Me viene la idea de venirme a esta isla si me *impeachan*, lo que sería salir bien en nuestra South America. La única objeción que encuentro a mi proyecto es mi supina incapacidad para ganar la vida en países industriales. Nosotros hemos sido educados *fidalgos*, yo para gobernador, senador, u oficios así. Esta isla es inglesa.

Otra isla, llamada Nieve, inglesa por propincuidad, igualmente cultivada con esmero (*Da Capo*).

Seis horas de ver pasar islas, casas, cañaverales, fuertes, cocoteros, es la vista más risueña y refrescante, tanto más que no hemos visto un solo animal ¿habrá negros?

Un pasajero nuevo me es presentado. Tengo vergüenza de anotar aquí que, excepto la francesa que me curaba, todos me anuncian conocerme de nombre y haber deseado, etc. Este pasajero es un joven suizo, establecido de dos años Amazonas adentro. Háblame de Héctor Várela, cuyo discurso oyó en Ginebra, cuando el Congreso de la Paz, de que me da curiosos detalles. De Juan Lavalle me hablaron con interés en St. Thomas. Así vengo encontrando recuerdos de la patria por entre estas islas, al parecer tan fuera de nuestros caminos. El joven suizo me encanta con la descripción de las nuevas colonias peruanas en los afluentes del Amazonas. Fue el primer europeo establecido allí. Exportábase hace quince años 30.000 sombreros de paja. Exportamos ahora 250.000 a 3 pesos — pescado salado antes unos centenares de arrobas y ahora miles. La vida es feliz, la tierra feraz, la naturaleza hermosa, el clima tolerable. Bajo el régimen peruano, sin contribuciones, ni autoridad, ni policía, ni leyes, se vive allí perfectamente y el país progresa en proporción, mientras agua abajo, donde principia el imperio, empieza el orden y el juez, el comandante, el colector, la aduana y el fisco y el fastidio. Para llegar a aquel “dorado” se necesitan 35 días de navegación a vapor, los mismos que pondremos de Nueva York a Buenos Aires. Es un tesoro el que he descubierto. Cultivaré esta relación. Hace años que le tengo codicias al Amazonas. Arredrábame, más que yacaré, alacranes, y cientopiés, el qué dirán, si republicano tan intratable, acababa como Alcibíades por pedir auxilio al rey de Betunia y Aníbal al del Ponto. Era Alcibíades; para el caso es lo mismo. Pero

ciudadano peruano en el Incalí, donde no haya peruanos, en tierra virgen, a la cabecera de aquel estupendo valle, de ríos que cubren más área que el Missisipi. Toda la presente humanidad cabe holgada a orillas de estos canales y aquí se jugará el último drama del mundo. Yo me ofrezco desde ahora, colono voluntario, cronista y director del pueblo escogido (negros, mulatos, indios y extrangis) para tomar posesión de esta tierra de promisión. ¿Quiere Vd. acompañarme? Lea a Agassiz.

A la una. Hemos andado 160 millas, pobre jornada. A la vista un peñón pelado — se llama la isla Redonda. Desdeñáronla la Inglaterra, la España, la Holanda, etc., etc. No hay tierra para una palma. Poséela una compañía de Baltimore que no ha querido diez millones por ella. Habítanla los pájaros que producen guano.

LA ISLA DE MONSERRAT

A las dos. Isla al costado. Inglesa, más bien irlandesa, puesto que un regimiento irlandés de guarnición, en un año contribuyó, con su ejemplo y estímulo, a que las negras tuviesen hijos rubios, cosa que no sucedía antes.

De todas las islas que hemos visto, la más bella, acaso una de las más bellas del mundo. A cada instante cambia la escena. La isla es volcánica, erizada de promontorios y vallecitos que se descubren tras de aquella vegetación espléndida —grupos de casas como mansiones de lores— villetas que tocan al mar en un puertecito con dos goletas. Grupos de una palmera con puntas amarillas, de manera a matizar el bosque como enormes flores. Todo risueño, hasta las nubes blancas que coronan las puntas. Los viajeros están encantados y mientras muestran esto y aquello, y la iglesita, y la casita pintoresca en un sitio delicioso, yo escribo desesperando de dar idea de estas bellezas naturales a quien no ha visto sino llanuras.

A fuerza de apurar el antejo, he descubierto algo que no es tan alegre como la isla. Tengo un ojo tan débil, que ve menos que el otro.
¡Ya era tiempo!

¡He visto tanto con ellos!

ISLA DE GUADALUPE

Francesa; dicen que tan bella y feraz como la Martinica. Costeámosla a la luz de la luna. Vese, aunque coronado de nubes, el volcán La Souffrière. De cuando en cuando, la luz de una casa brilla en tierra. Muchas luces indican el lugar donde está la ciudad de Terrebasse. La capital, Pointeapître, queda del otro lado.

Es solemne y melancólica la impresión que deja esta tierra sombría que sabemos habitada, mientras la luna riela.

A las 9 nos hallamos entre la Dominica y Marigalante, último eslabón de la cadena de islas que hemos venido atravesando. Estamos, pues, fuera del mar Caribe que ciñen las Bermudas como cinturas de islas, y después el mar sin nombre, el mar de Dios, hasta Pará en ocho días.

Agosto 1º — Un médico norteamericano me suministra los siguientes datos: (*Siguen datos estadísticos y geográficos sobre las islas St. Thomas, Santa Sruz, Saba, S. Eustaquio, S. Christopher, Neris Redondo, Monserrat, Guadalupe, les Saintes*).

Día 2. — Un anciano que he visto a bordo, se me acerca, y a poco me dice: — Vengo notando que Vd. es entre los pasajeros el *more industrious* — frase inglesa que denota otra cosa que en castellano.

El cumplimiento me sonrío; gusto de mostrarme fuerte, activo.

Compadezco a esta generación de jóvenes entecados, que se marean, se emborrachan, se indigestan y tienen dolores de cabeza, sueño, hambre, etc., etc.

¿Quién es el que tal cumplido me dirige? Un viejo de 65 años, que fue rico y lo arruinó la guerra y emigra al Brasil, por no someterse a los yanquis. Come con su familia en segunda mesa. La esposa muy respetable; varios niños chicos; una señorita de 18 a 20 años se la ve leyendo. El viejo padre

dice: — no tengo cuidado por la educación de mis hijos menores. Mi hija sabe

cuanto se enseña en los mejores colegios y les dará lecciones. Es escritora, hace excelentes versos y sólo el mareo la estorba tomar el diseño de estas bellas islas. He ahí *an industrious man*. Comenzar de nuevo la vida a los 65 años. ¡Bravo!

La moral, la virtud, la gloria, el carácter, tienen su base en el buen estómago. Una fístula en el de Napoleón costó la vida a tres millones de hombres y la libertad a la Francia y el gemir la Europa bajo el peso de su armadura de hierro. No hay héroes, ni verdaderos patriotas, ni hombres grandes, con mal estómago. César no habría dicho “no temas, que llevas a César y su fortuna”, si hubiese estado mareado.

3—El agua del mar, verde como se presenta en las costas. El capitán asegura que es efecto de la mezcla con el agua del Amazonas que está a 9 grados de distancia. ¡Qué masa enorme de agua dulce!

4—Los pasajeros del “Merrimac” el 4 de agosto de 1868, día de Santo Domingo de Guzmán celebran el natalicio de D. F. Sarmiento que vino al mundo el 15 de febrero de cierto año y promete, dada la salud de que goza y el deseo de sus amigos, dejarse estar en este mundo muchos años más todavía y dar que hacer a muchos pícaros.

¿Es ya presidente de cierta ínsula? En Para lo sabrá. ¡Si lo fuere! Si no lo es, tanto peor para ellos...

Con esta profunda filosofía, observo que no obstante la calma chicha sobre el mar en que navegamos, el equilibrio está menos guardado por los pasajeros y alguno está mareado.

La puesta del sol de ayer fue la primera gloriosa que hayamos presenciado. Noche serena: la luna derrama un Amazonas de luz sobre las olas apenas rizadas para reflejarla.

Las señoras por la primera vez, subieron sobre cubierta. ¡Oh, Calvino!

¡Cuánto daño ha hecho tu fanatismo! La mujer puritana es como las hembras de las aves pintadas de los trópicos. Es parda, sin moños, sin galas.

El *steward* nos sorprende con un espléndido banquete, digno de Delmónico, En galantinas, pastas, *vol-au vents* léese el nombre del objeto de la fiesta. El champagne circula con profusión. La señorita del sur envía los siguientes versos de felicitación.

En el seno del Océano, frescos aún los gratos recuerdos de los Estados Unidos, a bordo del “Merrimac”, bajo la dirección de nuestro excelente capitán, nutridos por el “steward”, que ha improvisado este banquete, rodeado de americanos de la República *que es* y de las Repúblicas *que serán*, éste es el lugar de mostrarse simpáticas ambas américas.

La puesta de sol es soberbia. La brisa deliciosa y favorable y por la primera vez aparece en toda su gloria la cruz del sur que saludamos como el anuncio de acercarnos a la patria.

La estrella polar vese a la misma altura en el norte.

La luna aparece y poco después Júpiter toma el mando del cielo estrellado.

Por fin de fiesta el “Merrimac” aparece iluminado con fuegos de Bengala y algunos cohetes voladores anuncian a tritones, nereidas y sirenas que un día auspicioso ha concluido.

PARÁ

Día 7 — ¡Tierra! ¡Tierra de Sud América! La boca del Amazonas, ancha, abierta como el pórtico que dará entrada al viejo mundo hacia el futuro, que se extiende por 1600 ríos navegables hasta los Andes, el Paraguay, el Orinoco. Las islas que se le quedan al majestuoso río, como miajas en la boca de un glotón, son grandes como Estados. Las aguas que conduce son verdes en el mar, verde pálido en la boca, hasta que cambian en topacio pajizo como en el Plata. Este es el color regio que usan los ríos soberanos.

En tierra; y cerrando los ojos a lo que en Pará es humano y africano, heme aquí, a la oración, en carruaje sobre la estrada de las Palmas. Alguna vez he de haber descrito este portento de bellas artes, con su tronco liso, cipollino, barnizado, a guisa de vaso japonés, con su rizada cabellera como mulata de la Nueva Orleáns. El gas ilumina las palmeras con la movilidad vagorosa de los *cuyucos* fosforescentes de la Habana. Me pongo de pie en el coche para contemplar la perspectiva fantástica.

El comandante del puerto me lleva a casa del señor Piedrabuena, hijo del estadista brasileiro de este nombre, quien me instala en el cuarto mismo en que residió Agassiz. Me guardo para mí el cumplido. El brasileiro *vive*: casa señorial, esclavos mudos y complacientes, mucho aire, mucho espacio, todos los comforts de la vida civilizada exteriormente, adentro la hospitalidad en el corazón; fuera de la casa plantas, frutas, flores, bellas, absurdas, imposibles y reales en forma, color, fragancia. ¡Oh! ¡Qué vida, qué naturaleza divina!

No pego los ojos, no obstante que hace casi frío y el aire, procurado sabiamente por claraboyas en lo alto del dormitorio, me halaga las mejillas y me abanica para que me duerma. Pero me hace falta el ruido monótono del mar, revuelto por la hélice del buque, el balanceo del camarote... y luego la cuestión del día, la gran cuestión de elecciones! Se sabe, según los diarios que hubo 89 votos ¡pero!...

pero esta penumbra que viene desde un año, amenazando crecer y ocultar el sol de tantas esperanzas, y proyectos y temores!

8 de agosto — A las seis de la mañana ruedo en coche por los alrededores, aspirando los frescos perfumes de aquella vegetación que se siente rebullirse a la vista del sol, como cantan de dicha las aves a los primeros rayos del alba.

La estrada da Braganza corta la selva primitiva cinco leguas a lo largo; y metiéndose por esta grieta, puede sorprenderse in fraganti la naturaleza tropical a la obra, como se ve la colmena a través de un vidrio. Y aquí para el cuento. Vea una fotografía e imagínese mundos superpuestos, una pelotera, un enjambre de moscas, de hormigas, de abejas, todas empeñadas en devorar la tierra, estrecha para muchedumbre tanta; yerbas y plantas, arbustos y árboles, unos encima de otros; gigantes que de vez en cuando elevan su copa al cielo y miran con desdén la *lucha por vivir* que se agita a sus plantas; enredaderas, astutas e intrigantes, que se dan maña, y de rama en rama, y por troncos, o balanceándose en el aire, ascienden hasta lo alto, y exponen humildemente sus agravios y piden su parte de sol también, lo toman mientras se les concede; y luego las parásitas, musgos, orquídeas, que como los de su especie viven en el palacio de los grandes, adulándolos, robándolos de su subsistencia y engriéndose de su prestada elevación.

(Pido perdón y gracia para una orquídea de flor morada, como lirios, que floreció hoy —para mí— la primera de su género traída del Alto Amazonas y me fue debidamente presentada y obsequié a la señora del ministro americano.)

Y todo este tumulto, en que se oye el crujir de los troncos, el reír de la brisa de las flores y renuevos, y el gemir de los oprimidos por parásitas y enredaderas, es no sólo para vivir sino para gozar, para tomar su parte en la universal orgía, de que dan testimonio los impúdicos perfumes que se escapan del polen de las flores, deshonestas y ebrias como bacantes antiguas.

En el jardín de Piedrabuena estaba la gigantesca *Sammaiia* que ha descrito y dibujado Agassiz. Hay en dicho jardín, lo que en todo jardín brasileiro, ibiscus lacres y amarillos, naranjos, palmas, exóticos de todos colores y formas.

Pasé un día como pocos en la vida, gozando sin testigo, a la manera de aquellos perros que se apartan con su hueso a roerlo y sacarle la *substantifique moëlle*. Yo no gruñía, sin embargo.

Había para todos, y del almuerzo participamos Várela (José Pedro), Halbach, Roa y sobreviviendo el general Worthington y su señora, y el Rev. Fletcher, volvieron a almorzar, provocados a tanto desarreglo por el magnífico comedor, los ahucates, un pollito (que me comí yo, por estar dolente) y demás comforts, amén de un vino de Madeira, etc., etc... ¡Oh, efímeras horas de la vida, cómo pasan, dejando por todo recuerdo una indigestión!

LOS JAPIÚS

Con las bellezas tropicales se asocian en el ánimo, boa constrictoras, tigres, cocodrilos, monos, insectos venenosos, escorpiones y cientopíes. Yo dejaré para los naturalistas y para los tontos estas sombras de la pintura. Tengo otra más plácida que hacerle.

El jardín brasileiro reúne todo lo que la naturaleza ha producido de extravagante en formas y colores. La *Urania excelsa* traída de Madagascar es un inmenso abanico de hojas de bananero montado en un cabo de palma entero. El viajero se detiene a mirarlo, diciéndose para su capote, —ia mí no me la pegan, es hecho a mano! — Luego ve que es un necio: la naturaleza tropical es dueña de hacer lo que le da la gana.

Vecino a la casa de Piedrabuena, mi huésped, hay un jardín que reúne las bellezas de las montañas, con sus sinuosidades oscuras y perspectivas umbrosas, el lujo ebrio del bosque y la culta extravagancia del jardín. Esto lo dejo en su conjunto para imaginado. Es el fondo del cuadro.

En primer plano está el cortijo pintado en que vive un negro viejo, con su vieja negra y media docena de negritos que me miran con sus ojos de gacela tímida y el dedito en la boca, como los angelitos de Rafael en la madona de San Sixto. Angelitos negros, desnudos, mamoncitos, ¿por qué no?

Sobre la cabaña se eleva un árbol muy alto, tan alto que no da sombra a la casa; en las ramas de este árbol anidan cuatrocientos o quinientos *japiús*, pajarito amarillo de alas azules, del tamaño del zorzal. Los nidos en racimos de a diez y de a veinte, son unos cilindros de pajas, de media vara, a lo que se divisan. Conté más de doscientos.

Los *japiús* es un pueblo muy sociable que construye estas aldeas, no sólo para poner sus huevos, lo que nada tendría de nuevo, sino para vivir, gozar de los placeres domésticos, conversar y reírse todo el día. No cantan precisamente, sino que gritan para expresar sus

emociones, meten bulla como los niños, y están en acecho de cuanto ruido les llega para imitarlo. Si canta un pajarillo, los *japiús* tratan de imitarlo, si grazna, un avechucho lo remedan, y si los negritos ríen, ríen ellos a su turno. Es, pues, el caserío, una zambra permanente. De repente, sale uno tras otro, para darle un buen pellizco, *por cargoso*, con aplauso general de la turbamulta, si lo alcanza, y le da bien, bien a su gusto.

Si verdadera querrela hay, que no lo creo, habiendo alimento para todos en donde quiera, y no usándose los Urquiza que se cogen la mejor parte; si hay, pues, querrela, ha de ser por lo que trajo la guerra de Troya, único motivo racional para cortarle a otros el pescuezo.

Pero el pueblo japiuiano no gozara de su felicidad, si no tuviera aliados y amigos que lo contemplen. ¿Qué habría hecho Dios, toda la vida, en las profundidades de la eternidad, si no hubiera creado al hombre para alabar su poder y adorarlo? Los *japiús* construyen su Sión cerca de una habitación humana. Gustan del hombre, cuando no sea más que para verle afanarse en vano para ser feliz. En el presente caso, el aliado es el negro viejo, el pueblo fronterizo es la familia de negritillos. La paz se ha mantenido ocho o diez años sin interrupción. Si pudieran los negritos (que no pueden por ser el árbol tan alto) si pudieran tirarles una pedrada, los *japiús* se irían con sus lares y penates a otra parte, a buscar un lejano Lacio. Sucedióle así a mi huésped. Un cazador tiró sobre los que él tenía, y al día siguiente cargaron baúles y petacas y no se les vio más en la casa.

Yo contemplo una hora el plácido espectáculo sentado a la sombra de una palmera. El negro levantando la cabeza para mostrármelos, dejábame ver el perfil de su rostro iluminado por la sonrisa del padre que ve a sus hijos revolcándose de dicha sobre el césped. ¡Cuántas amarguras habrán dulcificado aquellos compañeros en la larga y penosa vida del pobre negro esclavo!

Después de veinte y cuatro horas, llenas a desbordar de la copa, volvimos a la ciudad para embarcarnos.

Día 9 — En plena mar. Con recuerdos dolorosos del día de ayer; pero me tengo a dieta. Dentro de cuatro días a Pernambuco, y es preciso

estar preparado para todas las contingencias. Las piñas (ananáes) dicen que son deliciosas. ¡Mi provisión de abacates se me ha perdido! *Día 10* — Nada ocurre. *All right*. Estoy rumiando melancólicamente sobre la situación (el estómago serenado). Cada uno me da el parabién sobre las noticias traídas por el vapor, dando por seguro mi nombramiento.

Seré, pues, presidente. Hubiera deseado que mi pobre madre viviese para que se gozase en la exaltación de su Domingo. Pero me sucede lo que a los viajeros que han ido dejando como luces extinguidas sus afecciones en el largo camino.

Como los generales, después de gloriosos combates en que perecieron sus bravos compañeros; como el marino que salva del común naufragio, yo tengo un mundo fúnebre que quisiera evocar de la temprana tumba. El doctor Aberastain que desde los primeros pasos de mi vida, creyó en mí como en un ser privilegiado. Belín, el impresor marido de mi hija, habría encontrado la recompensa de su laboriosa vida a mi lado. Juan Godoy, Hilarión Moreno, Jacinto y Demetrio Peña eran mis cándidos admiradores. Perdí a Dominguito, cuando necesitaba de su aprobación, de su pluma, de su entusiasmo. El pobre Marcos Gómez, que tanto prometía; el pundonoroso Soriano, que se mata por temor de que yo le juzgue mal. Todos míos, sin egoísmos, míos por el corazón. De esta estirpe de amigos se ha hecho en torno mío un desierto.

Quédame la otra rama del árbol de las afecciones, y a Dios gracias, en plena y abundante florescencia. Al frente de la falange *Aquella* que me decía:

— “Si no sigue mi consejo, no siga el de nadie.” — Nunca el corazón habló más alto. Y *aquella* que me escribe: — “Usted no es un hombre, es usted una nación que lleva en su corazón. Yo creo en las individualidades.” Y *aquella* que a propósito de *Ambas Américas*, exclamaba: — “El gigante está de pie otra vez.” — Y *aquella* que, nombrado senador, me decía: — “Lo celebro por lo que le honra, que todo honor es poco para lo que merece.” — Y aquella otra *Marta*, que después de la entrada del enemigo en San Juan, me escribía: — “Si hubiera estado usted aquí, mi hermano no hubiera muerto.”

Y los poetas menores del corazón, mis hermanas, mi hija, han tenido también su palabra de aliento o de fe o de inspiración. La mujer es la sensitiva humana. Ella es la primera en sufrir las crispaciones que causa el contacto de las naturalezas eléctricas. Las mías vienen anunciando, presintiendo el sentimiento público. Sus cabellos se agitan y ondulan con los suspiros de la brisa. El pueblo necesita que la brisa se convierta en viento.

Aquella fe robusta de Aberastain, aquella infatuación de Mrs. Mann se han encarnado en el pueblo y héchose fe, creencia, opinión, esperanza. Mi Aberastain, es la prensa de ahora. La que me dio su corazón, años antes de que nadie creyese que merecía un corazón y sólo necesita decirme: venga a recibir su ínsula; el grande noviciado está terminado.

¡Y vive Dios! Si siento a mi espalda el apoyo del pueblo, si esta brisa favorable no cambia de rumbo, he de justificar a mi país, a mis amigos y a los que me aman. Haré que tengan razón, y que no muera, sin que otra falange de amigos, de entusiastas, me acompañe al sepulcro...

¡Oh, Magdalena! te levantarás la primera a preparar el cadáver querido para el reposo eterno. Si hay detrás la inmortalidad de la gloria, las lágrimas están demás.

Mar azul turquesa. Hace fresco. Olvido que dejamos al sol en St. Thomas. Estamos, pues, en invierno de este lado de la línea.

Día 11 — Puesta del sol ayer, dispuesta con cierto arte y seguida de radiaciones opalinas sobre fondos azules de buen efecto. La noche sobreviene casi sin gradación. En este mundo de que el buque es el centro, todo toma interés, la forma de una nube, la sucesiva aparición de una estrella. Así contemplando el cielo estrellado, más brillante en el sur que en el norte, llámanos la atención la columna de luz que aún ya avanzada la noche y visibles todas las estrellas, marca el oriente; es la luz zodiacal que veo por la primera vez.

Alcanza hasta cerca de la vía láctea en ángulo recto. La base en el horizonte es ancha, y toda ella figura un oblicuo. Brillante espectáculo ¿qué será? Créese que es un anillo de materia luminosa que rodea a la tierra en el Ecuador, como los de Saturno. Faraday

supone que son las corrientes magnéticas. Esta noche volveremos a verla.

Divísanse las montañas de Paranahyba, donde se produce el mejor té del Brasil. Mar verdosa.

Hay un pasajero muy ignorante (habla español) a quien le dicen que cuando el sol se pone, vuelve a pasar por el cielo para volver a salir el otro día; pero como es de noche, no lo vemos. Mi hombre se queda pensando un rato, hace que le repitan la proposición, la pesa, la medita, duda y al fin halla que es imposible la cosa.

Día 12 — Vense las montañas de Ceará y pasamos a una milla de la ciudad. En aquellas montañas, Agassiz encontró rocas *moutonnées* y el *drift*, evidencia de la existencia de *glaciers*. El mundo ha estado alado en alguna época. Traigo a bordo la obra de la señora Agassiz sobre el Amazonas y mucho dijera sobre sus descubrimientos en peces y la teoría de la creación, si no temiese que el papel me falte. Agassiz, contra Darwin, no cree en el sucesivo cambio de las formas de los animales por variación, y sus descubrimientos lo prueban, sin embargo. La teoría de Darwin es argentina y me propongo nacionalizarla por Burmeister, etc., etc.

Día 13 — Rumbo al sur. A las doce pasamos el cabo San Roque. El mar desierto hasta aquí, se anima con buques de vela y diez *changadas* o *tartamaran*, la más ruda de las embarcaciones, a saber una vela sobre un triángulo de palos; los pescadores van en el agua. Si unos indios inventaron la balsa, éstos inventaron la vela, sin balsa. Seguimos a lo largo de la costa. Vese humo. Hay vida; y a bordo, caras alegres con la perspectiva de llegar mañana a Pernambuco. Puesta del sol ayer, suave, sin nubes, de una beldad lánguida, horizonte ópalo (caldo) dos cuernos como el Moisés de S. Pietro in vinculi, rosados, con un espacio intermedio azul. La luz zodiacal ocupa en la noche el campo azul.

PERNAMBUCO

Día 14 — ¡Humaitá tomado! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

La primera *escalera* (bote) que se aproxima, pregunta por el señor Sarmiento, y un pasajero me grita. ¡Humaitá tomado! El cónsul argentino me espera en tierra. Buques empavesados, las banderas de la triple alianza en los edificios del gobierno. Saludo la nuestra y por cortesía las otras.

Visito la ciudad; ¡qué linda es! la Venecia del Trópico. Un río, el Ibiribí, o cosa parecida, se subdivide en varias ramas, a que los brasileros han puesto marco de piedra, malecones sobre los que descuellan palmeras, mangos, zapotes y toda la tribu engalanada de papagayos vegetales. Las chacras son deliciosas, las casas magníficas. El pueblo por doquiera está endomingado, las calles embanderadas, los magníficos puentes de hierro cerrados de arcos de verdura.

Al fin de uno de los canales, se ve Olinda, la vieja ciudad, sentada sobre un collado, abanicándose con sus palmeras.

La euforia viene a aumentar aquí las galas de la naturaleza. Recorro los alrededores hasta el puente colgado de Changada. Vuelto a casa del cónsul argentino, óyense los voladores de una procesión de ciudadanos que recorren las calles. Dos músicas se acercan. Una comisión me ofrece *las libertades* de la ciudad de Pernambuco. Soy proclamado presidente de la república aliada. Ofrezco en cambio (*in imo pectore*) rebanarle el bandullo a López, etc. Visito al “presidente” de la ciudad que ha estado a saludarme en casa. El comandante del puerto me aguarda en el arsenal con la *escalera* de marina. Voy cargado de ananáes, naranjas y gratitud por la excesiva oficiosidad de estas gentes. Los redactores de los diarios me visitan. Me embarco y danzamos en este mar proceloso hasta llegar al buque, donde me reciben con el título de presidente. El capitán de un buque de guerra norteamericano ha venido a bordo a anunciarlo, como la última noticia que trae de Río de Janeiro. Siento subirme desde las

piernas a los brazos una oleada de... Había leído en tierra que Urquiza estaba armado hasta los dientes... ¡Oh, serénate corazón! Para conseguirlo, le contaré un cuento que le va a gustar. Allá en tiempo de entonces, en 1624, la compañía holandesa de las Indias Occidentales se apoderó de las costas del Brasil, desde Bahía al río San Francisco. En 1636 el stathouder Féderick envió para gobernarlas al conde Juan Mauricio de Nassau, sobrino del gran Guillermo el Taciturno. Con el espíritu de la libertad conquistada, presintió desde tan temprana época, el medio de asegurarla. Era también sobrino del gran conde Mauricio (véase Motley). Había alcanzado en sus primeros años a batirse con las últimas huestes españolas que invadieron la Holanda. A su llegada a Pernambuco se propuso, y lo consiguió, reconciliar a holandeses y portugueses, proclamó la libertad de conciencia para católicos, protestantes y judíos. Acompañábale Piso, uno de los primeros naturalistas de aquella época. Pidió a Holanda sacerdotes y maestros de escuela, y no sólo los europeos sino los indios, vieron levantarse iglesias y escuelas en las colonias y en las selvas. Dos siglos ha, principiábase, pues, en esta parte de América, la obra que sólo se ha de realizar en la última mitad del siglo XIX para el norte.

Reedificó la ciudad, y hasta sus bellos canales están revelando su origen holandés. Formó un jardín de aclimatación e introdujo de Asia y África muchas plantas tropicales raras o productivas. La Compañía de Indias, empero, quería *dividendos* y no un país feliz. Fue llamado; y aunque después se revocó la orden, salió de Pernambuco a Parahyba a embarcarse, siendo objeto de una continua ovación de las aldeas y pueblos de indios por donde atravesó. Embarcóse saludado por el himno nacional holandés Wilhem Von Nassau.

El Portugal reconquistó después este territorio, y el mar de la ignorancia e intolerancia absorbió en su seno a esta isla florida. Pernambuco, conserva, sin embargo, mucho que lo recomienda. Es el punto de partida o encuentro de todas las líneas de vapores, y sin puerto tan peligroso, sería una gran ciudad mercantil; aunque es ya la segunda, después de Río Janeiro.

Mis impresiones son vivísimas y me parece que aún veo sus árboles, sus casas, sus flores, luminosas como incrustaciones de conchas en papier maché. Suena el caldero, bufa el vapor y rumbo al mar.

Día 15 — No hay naranjas más dulces que las de Pernambuco. Si fuera ciudad argentina yo trabajaría por hacerla capital. Sólo en lo malo del puerto aventaja a la nuestra. Navegamos S.O.S. viendo siempre la costa. Pasamos la ciudad de Meseas. Dos ballenas (cachalotes) andan jugueteando al lado. Cada colazo en el agua es recibido con aplausos de a bordo. Centenares de delfines vienen escapando por bandadas, huyendo de las ballenas. El vapor que va a Liverpool nos cruza. Nada más de nuevo.

Día 16 — Una puesta del sol sublime. Ha debido darse a beneficio de los aliados, en celebración de la toma de Humaitá. La paleta del pintor no tiene colores para representarla. Nuestros blancos son pálidos. La luz no tiene otros representantes que la plata y el oro que no son transparentes. Cuando el sol es el protagonista del drama, el espectador aparta los ojos, como Moisés de la vista de Jehová.

El Rev. Fletcher hace los oficios divinos. El tema de su discurso es la primera palabra del vers. 29 cap. X de los Números.

We are journeying. Como ilustración de que el hombre debe tener una carta que lo guíe en la jornada, la verdad, cita el ejemplo de uno de los pasajeros que han luchado toda su vida para establecer el imperio de la verdad en el gobierno de su país y se dirige ahora, hacia él, en este buque, a ponerla en práctica, etc., etc. Concluido el sermón, muestro al Rev. Fletcher, este diario de viaje y las palabras que le sirve de lema: —Ma vie est un combat, de Beaumarchais, y, la mía es un largo viaje. ¿Llegaré? Circunstancia que le sorprende por su novedad.

BAHÍA

La más vieja coqueta ciudad del Brasil. Como las de su gremio, no hay joya, colorín, ni flores de que no se haya revestido. Sobre una falda de palmeras y verduras de una legua, se muestra coronada de torres, sobre cada rizo de su cabeza; el mar tranquilo de la inmensa bahía lame sus pies. La ciudad se muestra entera en anfiteatro. Todo para visto de lejos. De cerca huele mal, el colorín está chorreado, los conventos son de pésima arquitectura portuguesa y los frailes sucios y brutos (supongo caritativamente); y como es un faldeo y está lloviendo y hace frío y viento, no quiero bajar, no obstante la *escalera* de la marina que viene a ponerse a mis órdenes. ¡Tengo aprensión de que sea legañosa!

Día 17 — La *escalera* del Arsenal está a mis órdenes desde temprano. Descendí a tierra con algún séquito, y la fortaleza al pasar me saluda con veintiún cañonazos.

Recíbeme el comandante del puerto, que me encierra en un coche, que me trepa sobre la batería, que me depone a la puerta del palacio del presidente, quien rodeado de oficiales me recibe con la nacional cortesía y afabilidad. Cinco horas visito los alrededores, el Señor Milagroso de Bomfin, en cuya capilla encuentro un museo de piernas, brazos, pechos (en cera) en memoria de curas hechas por intercesión. Antes eran de plata. ¡Hoy basta un recuerdo de cera! Veo un fraile en *cadeira (chaise a porteurs)*.

Visito a la hermana de la señora de Elizalde, brasilera de origen, pero porteña de idioma, gracia y despejo. Pasé una hora deliciosa.

El jardín público es bellísimo. Bahía es la más antigua ciudad del Brasil y conserva mucho del antiguo tipo portugués. Américo Vespuccio encontró aquí la madera de tinte que se llamaba palo de brasil, y la región tomó el nombre del palo, como la América se llamó así de las primeras noticias publicadas en Europa.

En esta hermosa Bahía se dio la batalla naval en que don Fadrique de Toledo desalojó y expulsó a los holandeses. En la biblioteca de los

jesuítas expulsos por el marqués de Pombal, un inglés prisionero encontró, comidos de las ratas, los más preciosos manuscritos de viajes desde el Brasil a Bolivia, Perú, Venezuela, etc. Muchos se han publicado.

Los alrededores de Bahía son espléndidos, favorecido el brillo de la vegetación por lo sinuoso del terreno, que forma valles profundos encerrados en limitadísimo espacio. La ciudad sobre la barranca es menos angustiada que en el puerto, donde el tránsito a pie o en carruajes es apenas posible. De aquí la necesidad de sillas cubiertas y sostenidas a hombros por dos negros, para subir las laderas. El grueso de la población es de negros de la raza *miná*, que es bien formada y corpulenta. Atribuye el censo a Bahía 15.000 habitantes, a la provincia millón y medio. La población no está en el interior, sino en la costa y la isla que cierra la bahía, lo que obvia, por la navegación, las dificultades del tránsito. Un ferrocarril penetra 77 millas hacia el interior.

Pero lo que hará la eterna gloria de Bahía, más que sus antigüedades, sus calles impracticables, sus conventos y su teatro, es lo hiperbólico, superlativo, incomparable y dulce de sus naranjas. La naranja principia en Buenos Aires, agria a los 35° de latitud; asciende en tamaño y toma todas las variedades de *china*, *angelina*, *tetón de negresse*, limas, etc., en Río de Janeiro hasta que en Bahía toca al cénit, al apogeo, la naranja *umbilical*, sin semilla, grande como melón *cantaloup*.

Llevo prisioneras en un cajón un centenar a Buenos Aires, seguro de congraciarme las voluntades, desarmar las presunciones, derrotar toda oposición con sólo hacer a cada malqueriente presente de una naranja de Bahía, naranja excelsior, óptima, la última palabra de la naranja: su nec plus ultra.

Nuevo y más cordial saludo del cañón. Un batallón de guardias nacionales me presenta las armas; la música bate marchas. S. E. el presidente de la provincia me acompaña, todo lo cual se me hace habitual, a fuerza de repetido.

A bordo me aguarda el almirante de la escuadra norteamericana, que me cumplimenta por mi nombramiento, y cuando pasa el “Merrimac” delante del “Guerrior”, fragata de guerra, la gente está en

las vergas, la música entona *Hail Columbia*, el oíd mortales yanqui y veintiún cañonazos me desean feliz viaje. Es, pues, en estas latitudes hecho consumado, incuestionable, reconocido por todas las naciones que soy presidente de la República Argentina.

Día 17 — Buen viento; caras alegres. Comentarios sobre las emociones de ayer. El saludo del “Guerrior” ha dejado complacidos a todos, a los americanos del Norte por ser de su nación, a los del Sur por haber visto flamear al tope la bandera argentina. Supe por los que han venido de tierra que es cosa recibida en Bahía que yo soy enemigo de la guerra, y por tanto del Brasil. Esto se sabe de buena tinta del Río de la Plata (traslado a Leal y Cía.).

Muéstranme un artículo del *Siglo*, de Montevideo, que analiza las candidaturas. Yo soy, a lo que veo, el *maná* que sabía a lo que cada uno gustaba dar preferencia. Después de enumerar mis virtudes y prendas en términos que le merecen mi cordial aprobación, prueba como tres y dos que haré la paz con López y me prepararé a hacer cruda guerra al Brasil o al Imperio. Así acaban todas las novenas después de las oraciones y milagros del santo. Aquí, dice el padre, cada uno pedirá al santo lo que más deseara conseguir. ¡La paz, la paz!

Día 18 — Se mide una naranja: 17 pulgadas inglesas de circunferencia, y se comen muchas otras. Reclinado sobre la borda, mirando sin ver el mar azul que pasa a dos millas por hora y meditando sobre las vicisitudes humanas, sin advertirlo, iyo me había comido cuatro!

El doctor Carranza me obsequia un volumen de la importante obra sobre el *Army Medical Museum*, en que están consignados los hechos observados por los médicos durante la guerra: heridas, amputaciones, etc. El Museo Osteológico es el más célebre, si no el único en su género, en el mundo.

Día 19 — Miss Parker me envía, como memoria, unos versos. El que consagra a la ambición es bellísimo.

Antes que se me oscurezcan los recuerdos, diseño aquí la urania *excelsa*, la más matemática de las plantas. No puede trazársela sin compás, tan equidistantes están sus ramas, tan exacta la forma de abanico. Respondo de la exactitud del dibujo.

Vese por la primera vez, aunque ya alta, la más alta de las nubes de Magallanes (manchas del sur).

Un banquete de despedida en que descuella una galantina, me trae la consiguiente indigestión. ¡Estaba tan buena! Los pasajeros se reúnen en meeting, nómbrase Chairman a Mr. Sarmiento y se redacta un voto de gracias al capitán del “Merrimac”, por el feliz viaje y atenciones, a que han suscrito todos y debe serle presentado en Río.

RÍO DE JANEIRO

Desde el Cabo Frío la escena marítima se anima. Montaña tras montaña, pico tras pico trazan las líneas quebradas, rotas, atormentadas de la formación granítica. El mar se cubre de velas, trazándose penosamente en la calma su camino, o buscando la entrada. Una lejana va rumbo al Río de la Plata.

La bahía se diseña, al fin, por los morros, las islas, las enormes murallas que revelan un mundo derruido. Aquí se siente que el actor ha sido Dios. El caos se le mostraba rebelde. ¡Qué aterrante ha debido ser la lucha!

Pasada la isla que guarda la entrada, el telón se levanta y aparece la bahía estupenda, el Corcovado, como bastidor enorme de aquel sublime escenario, la montaña Das Orgas, en perspectiva, al fondo del paisaje. Los que recién lo ven se felicitan de haberlo visto; yo creo que he olvidado mis pasadas impresiones, tan fuerte es la que experimento.

Pasamos los formidables fuertes que cruzan sus fuegos y que, sin embargo, pueden ser desde afuera bloqueados por un “Thunderberg”, y un cañonazo anuncia que estamos fondeados. De las primeras llega una galera del Arsenal, seguida de un *vaporciño*. La galera es para que desembarque su Exa. y el vaporcito para su equipaje. Un coche lo aguarda en tierra, un oficial lo acompañará. El comandante del Arsenal me aguarda en las gradas. “Su excelencia — me dice— no me conoce”. Su fisonomía no me es desconocida. “¡Oh capitán del “Alphonso” en el combate naval del Tonelero!” Los dos estábamos viejos. Diez y seis años median. Nos dimos un buen apretón de manos.

El cónsul argentino me aloja en el Club Fluminense. El ministro Torrent me pone al corriente de lo que pasa; se teme o se espera de mi entrada en escena. El emperador quiere verme cuanto antes.

Día 21 - A las tres y media de la mañana me despertó un negro. Yo quería ir a visitar el Jardín Botánico. Al doctor Vélez, aquella planta

de Córdoba arraigada en Buenos Aires, decíale una vez, cuando se lamentaba de no haber viajado y decía envidiarme de haber estado en Roma: “Tome, doctor, el vapor de Río de Janeiro, desembarque, hágase conducir al Jardín Botánico y vuélvase a su casa seguro de que ha visto la más bella página de la creación”. El Brasil está todo en ese pedazo de país con las decoraciones del escenario circunvecino. Esta mañana, recorriendo el jardín, las vecindades engalanadas por aquella vegetación iluminada, pintarrajeada, sombreada por picos, morros y crestas gigantescas, volvía a repetirme lo mismo, no obstante que visité el Central Park de Nueva York, el más bello del mundo, ex profeso para compararlo. Aquél es un grabado en acero, bien interpretado; éste un cuadro del Ticiano.

Vi una salida del sol, por sobre picos y recortes del granito. El sol era un enorme *granate* candente. Nunca lo he visto de este color. Teñía de rojo subido las nubecillas.

De regreso, me encuentro con el ministro norteamericano, que me previene lo que ha podido observar y puede interesarme. Personajes muy altamente colocados están ansiosos con su llegada, de acuerdo todos en atribuirle las más altas cualidades, temen que, según los boatos de la prensa de Buenos Aires, el señor Sarmiento está contra la guerra y contra la alianza. El Rev. Fletcher me encuentra igualmente y me cuenta los detalles de una visita al emperador. “¿Por qué no ha venido el señor Sarmiento inmediatamente?” Se lo tenía pedido al ministro argentino. “Con o señor Sarmiento no ha etiqueta, somos viejos amigos; lo trato como a Agassiz y le doy la mano”. Su impaciencia crece a medida que el tiempo avanza. “Quiero hablar con él. Tengo la más completa confianza en su carácter”; y cuando Fletcher le asegura que no traigo tales ideas: “Lo sé, lo sé —le repite con vivacidad—, eu conozco a o señor Sarmiento; pero la presión que ejercerá la opinión pública sobre él en su país, puede ser superior a su voluntad”.

Veo a Paranhos, a la una y media, que tenía recibida carta del emperador, de la noche anterior, sobre mi demora de verle, y la que creía omisión de Torrent, indicándole hora para recibirme.

Me recibe, en efecto, con las más cordiales muestras de amistad personal. Me da la mano, se sienta y me hace sentar, contra las

formas de la etiqueta, y hace alarde de esta vieja amistad, diciéndome que sus hijas y yernos me conocen y leen mis libros y escritos. Hablase de todo; tócase el punto delicado, y siento que la presencia de Torrent, dando por su carácter algo de oficial a la conferencia, le impide a él y me impide a mí extendernos más, yo para corroborar sus temores y requerir de su parte se obvian dificultades que pueden justificarlos; él para expresarse sobre la situación asumida por Urquiza y poder medir la gravedad del conflicto y los medios de pararlo.

La visita dura una hora larga, que él prolonga con satisfacción, hasta que anuncian ser llegada la hora de presidir el Instituto Histórico Geográfico, y me dice: “¿Por qué no vamos?” Vamos, esto es de estudiantes, aludiendo a lo que una vez dije y él corroboraba a Fletcher, Torrent y otros que habíamos pasado quince días en Petrópolis, tratándonos como dos *colegiales*. Torrent aprovecha la ocasión y establece algunas verdades oscurecidas por el lenguaje de la prensa y por el sentimiento aparente de hostilidad hacia el Imperio.

Asisto al Instituto y se me asigna un lugar al lado del presidente efectivo. Léese el acta y se procede a tramitar los asuntos ordinarios. Levantada la sesión, deseándome feliz viaje y siempre deplorando que no *fique* algunos días más, para ver a la familia imperial.

Día 22— Santa Teresa es un espolón que sirve de base al Corcovado y tiene su extremo dentro de la ciudad, y ascendiendo por una estrada, a diversos planos, se llega, entre casitas dispersas y bosques primitivos, a las obras de agua que surten a la ciudad. Nada más pintoresco que este ascenso, desde donde se divisan la ciudad y la bahía inmensa. Del pie mismo de la roca del Corcovado brota un abundante raudal de agua, que por un antiguo acueducto es dirigido a la ciudad. Las obras modernas son de mucho gusto y mantenidas con esmero.

De regreso, visítame el general Webb (U. S. Minister), y tenemos una larga conferencia sobre la guerra del Paraguay. Como yo no vendo la piel del oso vivo, queda abierta la conferencia para segunda entrevista.

Día 23 — Un mes cumplido desde Nueva York, hacemos hoy rumbo al sur, desde Río de Janeiro, en el “Aunis”. Al pasar delante de un buque de guerra norteamericano, soy saludado con veintiún cañonazos. A bordo nos hemos reunido varios de los pasajeros del “Merrimac”, otros que encontré en Europa, unas hermanas de caridad y franceses que vienen o vuelven al Río de la Plata. Un joven brasilero observa que las dos veces que ha navegado le ha tocado hacerlo en compañía mía, la primera veinte años ha a Francia. Esto da ocasión a observar con cuánta cordialidad se establecen relaciones entre los pasajeros, y el joven Torrent recita con ese motivo los bellos versos de Méry, que le hago consignar en este libro para su ornato.

Día 25 — El mundo de a bordo presenta todos los tintes de la sociedad de tierra, sin fundirse, sin embargo. Tres ministros plenipotenciarios, artistas, hermanas de la caridad, monjas, un sacerdote, viajeros de todos países. Una niña elegante de París sigue a un joven; quisieron impedirselo en nombre de la moral, pero teniendo dinero hizo valer su derecho de moverse y embarcándose puso fin al litigio.

Entre las de su sexo vuelve la señorita de A***, loca, incurable. Su mirada es tranquila. Sonríe a veces, como si estuviera recordando ocurrencias plácidas de su vida. Otras parece que piensa. ¡Pobre! El pensamiento de un loco es un caballo sin freno: corre sin jinete. Vésele en la loca que anda suelto. Una brisa agita el extremo de las fibras pensantes del cerebro y produce imágenes, recuerdos, ideas que ahí se hallan, como el viento agitando las cuerdas del arpa, emite sonidos que nos parecen música lejana, melodías, acordes vagos. La loca es un arpa destemplada; nunca dará sonidos armoniosos. ¿Qué serán las Hermanas? Cada una un drama secreto; alguna un naufragio, acaso un vaso de porcelana que salió ya trizado del horno. El bello ideal que se llama religión, convertido en amor a la humanidad. La hermana de la caridad es la primera transformación de la idea abstracta en hecho práctico. El mundo tiende hoy a ser hermano de la caridad para consigo mismo. Un filósofo ha dicho que los pueblos cristianos de hoy, por los fines de su gobierno, por los intereses sociales, no son cristianos ya. Han descendido del cielo a la

tierra. Se olvidan de la otra vida y piensan en hacer otra vida de la presente.

Día 27 — Tierra del Uruguay. Cabo de Santa María. Ayer aguardaba el día de hoy con ansia, esperando excitarme con la proximidad del término de esta carrera. ¡Esperanza vana! Siento embotado el sentimiento. La imaginación de la cordial acogida, de las caras amigas, de los entusiastas que saldrán a recibirme, anda remisa. Diviso grupos, la ribera negra de gente, y sin embargo no puedo agitar esta masa inerme. Hanme hecho racional y sobrio las dudas, la incertidumbre del éxito final que desde el principio ha venido dejando algo por resolver. Dura ya un año este aspecto de las cosas. El vapor siguiente debía siempre traer luz y aseveraciones concluyentes. Salí de los Estados Unidos con esta sombra por delante. En Pará se cruzan los vapores de ida y vuelta y nada se sabía. En fin, será en Río de Janeiro; y allí no estuvimos más adelantados. Era para Montevideo.

Y sin embargo, todo convida a alegrarse. Los auspicios son favorables. De Nueva York, como de Río, el mar de grueso se tornó en un lago apenas rizado. La luna nueva, signo de prosperidad creciente, alumbró mi camino al principio y al fin del viaje. Por todas partes acogido con interés por mis antiguos trabajos en unos puntos, por las futuras esperanzas en otros. Nadie quiere dudar que estoy electo presidente. Esto es poco; nadie quiere persuadirse que lo soy en realidad. Allá en tierra, detrás del pueblo que me acoge y congratula, está una sombra triste, irritada, pesarosa, arrepentida, deplorando lo que le alegrara en otro tiempo, porque cada aplauso se le torna un reproche. Para expiación, creíasele demasiado. En el Entre Ríos está otro, interrogando los sonidos que del lejano rumor le llegan. Escucha por si le nombran. Quisiera comprender lo que tales manifestaciones encierran de amenazas próximas o futuras. Una y otro son antagonistas irreconciliables. La una amenaza mi corazón, el otro apunta a mi cabeza. Estos son mis fantasmas; dos ángeles guardianes tengo, el uno es legión, el pueblo, su conciencia final de lo justo; el otro el corazón de los que me aman. Llegamos de noche a Montevideo, nos mantenemos a distancia y sólo divisamos las luces que trazan el contorno de la planta de la ciudad,

coronada por la iglesia catedral.

Día 28 — Amanece, y en la cama me saludan presidente, electo, escrutado, aprobado y debidamente proclamado. En prueba de ello, me muestran el discurso de clausura de la sesión, pronunciado por el venerable doctor Alsina. Léolo y reléolo, y saco en limpio por su tenor que se ha elegido vice-presidente a su hijo Adolfo, nombrado dos veces, objeto del discurso de clausura. Sospecho que lo he sido yo también por añadidura, por la alusión a los magistrados de que se habla al fin. Si no lo hubiera sido, hablaría en singular: el magistrado, mi hijo, Adolfo, con lo que me tranquiliza.

Más tarde llegan pasajeros o curiosos, cartas y periódicos. Buchental trae la carta que no llegó a Río, adonde se le había dado cita.

¡Bienvenida sea! La necesitaba. Aconseja seguir viaje incontinenti, contra el sentir de los hábiles que creen que debe procederse con arte. La carta contiene un apólogo o parábola sobre el efecto de los objetos según el punto de vista de que se miran.

La moral no sé si es oportuna. Si yo fuese patán, Juan vecino, senador o Perico de los Palotes, todo marcharía bien en el mejor de los mundos; pero si hubiese de clavar mi tienda en la cúspide de la montaña, de manera de ser visto de todas partes, cumple a otros, no a mí, decir si están dispuestos a todas las eventualidades. ¿Será lo mismo allí que en medio de la llanura? A la bonne heure! Nada más tengo que desear, que yo seré siempre el mismo.

¡Cómo se toma la vida! ¡La vida real, práctica, llena de azares, de malicia, emboscadas, envidia, odios!

Me echan en cara no ser poeta. Hablaba prosa cuando distinguía el senador del presidente. Contra éste van dirigidos todos los tiros; y en la guerra, es sabido, ¡ay!, de los ayudantes que rodean al general; apuntándole a éste matan casi siempre a los que le rodean.

¡Urquiza saluda con caluroso entusiasmo mi advenimiento!! El mapa de la guerra civil queda enrollado, como cuando la paz de Campo Formio. Tres meses después estaba otra vez sobre el tapiz.

A la patria y al porvenir: ¡Salud!

Nota: El cuaderno que contiene las anteriores páginas está lleno de dibujos del autor:

plantas, frutas, paisajes, escenas y aun caricaturas, que merecerían reproducirse. —
(El Editor)

Ministerio de Educación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
17-05-2019